



JOSEPH BERNA

JUGUETES, HORROR Y MUERTE



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

406 — *Satanás no necesita médicos.* Clark Carrados

407 — *La furia de los instintos.* Lou Carrigan

408 — *Los crímenes del invisible.* Curtis Garland

409 — *¡Dientes!.* Clark Carrados

410 — *Hotel de horrores.* Curtis Garland

JOSEPH BERNA

JUGUETES, HORROR Y MUERTE

Colección
SELECCION TERROR n.- 411
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02506-4

Depósito legal: B. 35.063 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero, 1981

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO I

El taxi se detuvo frente a la moderna y amplia casa, que se hallaba rodeada por un hermoso jardín. Se alzaba en las afueras de París, en un lugar muy saludable.

—Tenga la amabilidad de esperar —rogó Josephine Poiret al taxista, y se apeó del vehículo.

Josephine era una joven de veinticuatro años, bonita, bien formada. Tenía el pelo castaño, los ojos verdes y los labios rojos, llenos y sensuales.

Echó a andar hacia la casa.

El taxista la siguió con la mirada, deleitándose con el sugestivo movimiento de caderas de la muchacha, que lucía un veraniego vestido, sin mangas y bastante escotado.

El radiante sol de aquella mañana del mes de mayo cayó de lleno sobre la esbelta figura de Josephine, que no llevaba combinación, y ello permitió al conductor del taxi vislumbrar las preciosas piernas de la muchacha, de largos y torneados muslos.

Josephine, ignorante de que gracias a los rayos del sol el taxista le estaba contemplando las piernas a través del liviano vestido, alcanzó la casa y oprimió el timbre.

Antes de un minuto, la puerta se abrió y una atractiva mujer, de unos treinta y dos años y cabello rojizo, se dejó ver envuelta en una bata de seda.

—Buenos días, señora —saludó Josephine, con una suave sonrisa.

—Buenos días —respondió la mujer, observándola con curiosidad.

—Me llamo Josephine Poiret, y vengo por lo del anuncio en el periódico —la joven mostró el ejemplar de *Le Monde* que llevaba en las manos.

—Oh sí, el anuncio —sonrió la pelirroja

—Me interesa el empleo, señora. ¿Sigue vacante el puesto?

—Por el momento, si. Han venido ya dos señoritas, pero a Antoine no le gustaron.

—¿Antoine?

—Así se llama mi sobrino. Tiene ocho años y un carácter muy

difícil. De él tendrá que cuidar usted, suponiendo que le guste a Antoine. Si no es del agrado de mi sobrino, no podré darle el empleo, Josephine.

—Espero tener más suerte que las otras dos chicas —sonrió La muchacha, esperanzada.

—Yo se la deseo de todo corazón, créame.

—Gracias, señora.

—Mi nombre es Claire: Claire Charnay.

La pelirroja estrechó la mano que le tendía Joseph le y rogó:

—Llámeme Claire, por favor. No estoy casada

—De acuerdo.

—Pase usted, Josephine. La llevaré a presencia de mi sobrino.

—Gracias.

Josephine entró en la casa, cuya puerta cerró Claire Charnay.

—Por aquí, Josephine —indicó la dueña de la casa caminando hacia la escalera que se veía al fondo

La muchacha la siguió.

Mientras subían los peldaños, Claire explicó:

—Antoine es hijo de Nathalie, mi hermana. Ella y Maurice Delubac, su marido, perecieron en un desgraciado accidente de automóvil, hace ya cuatro años.

—Oh, cuánto lo siento.

Claire Charnay agradeció las palabras de Josephine Poiret con una leve sonrisa y añadió:

—Desde entonces, Antoine vive conmigo. La muerte de sus padres le afectó muchísimo, pese a su corta edad, y su carácter cambió tanto que puede decirse que se convirtió en un niño completamente distinto.

—Pobre criatura —murmuró Josephine, sinceramente apenada.

—Yo he procurado por todos los medios hacerle olvidar la tragedia, pero me temo que he fracasado rotundamente. Antoine piensa continuamente en sus padres, no puede apartarlos de su mente. Especialmente, a Nathalie. El pequeño adoraba a su madre, porque ella le trataba con un cariño infinito. Sí, ya sé que es normal que las madres quieran mucho a sus hijos, pero es que mi hermana estaba loca por Antoine.

—Es una historia muy triste, Claire.

Ya estaban en el piso alto.

Claire Charnay se detuvo y miró a los ojos a Josephine Poiret, descubriendo que se habían humedecido ligeramente.

—Se emociona usted con facilidad, ¿eh, Josephine?

—Sí.

—Me alegro, porque eso demuestra que tiene usted buen corazón.

—Gracias.

—Antoine está allí, en aquel cuarto del fondo —señaló Claire la puerta con el dedo.

—¿Es su habitación? —preguntó Josephine.

—No, él duerme en el cuarto de al lado. En esa habitación es donde tiene todos sus juguetes. Antoine se pasa horas enteras encerrado ahí, entretenido con sus juguetes.

Tiene muchos y le encanta jugar con ellos. En cambio, estudiar...

—¿No le gustan los libros?

—No, ni pizca. Quizá se deba a que nunca ha ido a un colegio. Yo quiero que vaya, pero él se niega rotundamente. Y si insisto se pone a llorar de una manera que me desgarra el corazón.

—Sería bueno para él que tratase con niños de su edad.

—Lo sé pero, como acabo de decirle, no he podido convencerle. Y lo de tener una señorita que le cuide y le enseñe tampoco le gusta demasiado, no crea. Lo mío me costó hacerle comprender que es necesario. Para él, porque tiene que aprender, y para mí, porque desde que me hice cargo de él no he podido llevar una vida normal. Soy joven todavía y me gusta salir por las noches y divertirme un poco. Usted me comprende, ¿verdad?

—Desde luego —sonrió Josephine.

Claire la cogió suavemente por los hombros.

— Ojalá le guste usted a Antoine, Josephine. Es la única condición que puso: elegir él a la señorita que lo tomará a su cargo.

—Haré todo lo posible por agradar a su sobrino, Claire. Primero, porque necesito el empleo. Y, segundo, porque me encantaría ayudar a Antoine a ser un muchacho alegre, divertido, sociable, cariñoso, como sin duda lo era antes, cuando vivían sus padres.

—Es usted la persona que Antoine necesita, Josephine.

—Gracias.

Claire Charnay tomó del brazo a la muchacha y la llevó hacia la habitación del fondo, para presentársela a su sobrino. Dio unos golpes en la puerta y lo llamó.

—¿Antoine...?

Algunos segundos después, Antoine Delubac abría la puerta.

Al instante, sus ojos se clavaron en el rostro de Josephine.

Fijamente.

Extrañamente.

Josephine se puso un poco nerviosa.

Antoine era un muchacho delgado, más bien bajo para su edad, de pelo oscuro y ojos muy negros y brillantes. Vestía pantalón corto y una camiseta amarilla, de manga corta.

Siguió escrutando el rostro de Josephine, sin pestañear una sola vez, serio y callado.

Claire Charnay le sonrió y preguntó:

—¿Podemos pasar, Antoine?

El muchacho, sin pronunciar palabra, se apartó y dejó el paso libre. Claire hizo entrar a Josephine en la habitación, repleta de juguetes, algunos de ellos bastante raros.

—Quiero presentarte a Josephine, Antoine —dijo Claire.

Josephine le tendió la mano.

—¿Cómo estás, Antoine? —le preguntó, en el más cariñoso de los tonos.

El muchacho alzó su manita y estrechó la de Josephine, con una fuerza impropia de su edad y de su físico. Ello, unido al hecho de que tenía la mano muy caliente, causó un profundo estremecimiento en la joven, que miró a Claire, como preguntándole qué significaba aquello.

La pelirroja explicó:

—Antoine está delgado, pero es fuerte y sano. Tiene mucha energía en el cuerpo.

—Se nota —forzó una sonrisa Josephine, justo en el momento en que el niño soltaba su mano.

—A Josephine le encantaría ocuparse de ti, Antoine —hizo saber Claire—. ¿Quieres que lo haga?

Su sobrino no respondió.

—Nos llevaríamos bien, Antoine —aseguró Josephine.

El muchacho siguió sin decir esta boca es mía.

—Es más guapa que las otras, ¿verdad? —observó su tía.

Como el niño no rompía su exasperante silencio, Josephine preguntó:

—¿No quieres que seamos amigos. Antoine?

—Sí —habló por fin el muchacho.

Claire Charnay dio un respingo de alegría.

—¿Te gusta Josephine, Antoine...?

—Sí.

—¿Estás de acuerdo en que sea ella quien...?

—Sí.

Claire abrazó a la joven.

—¡El empleo es suyo, Josephine!

La muchacha sonrió forzadamente.

Los tres «síes» pronunciados por el pequeño Antoine Delubac habían quedado grabados en su cerebro, pues si extraña era la forma de mirar del muchacho, más extraña aún era su voz.

La tenía demasiado oscura y demasiado ronca para ser un niño de ocho años. Más parecía la voz de un adolescente que se está haciendo hombre a la carrera.

Y la fuerza y el calor de su mano...

Josephine se hallaba muy confusa.

Claire se separó de ella y dijo:

—Vaya por sus cosas, Josephine. Se instalará hoy mismo en esta casa.

Josephine Poiret no respondió.

Tenía los ojos fijos en el pequeño Antoine.

El muchacho le sonrió ligeramente.

Josephine se estremeció, porque Antoine Delubac tampoco sonreía como un niño, sino como un quinceañero cuando está en plan de ligue.

¿Era o no era para preocuparse...?

CAPITULO II

Jacques Rodin, cubierto sólo con el pantalón del pijama, permanecía sentado en el sofá del *living* de su modesto apartamento parisino.

En sus manos, un grueso libro.

Jacques lo leía con mucha atención.

Se trataba de un libro de texto, perteneciente al último curso de Medicina, carrera que cursaba Jacques, y que el joven estaba a punto de culminar brillantemente.

Sólo le quedaba por salvar ese último obstáculo, el del examen final, y Jacques se estaba preparando a fondo para no tropezar en él.

Faltaban ya muy pocos días, y el joven estudiaba con más ganas que nunca, sacrificando horas de sueño y privándose de cualquier diversión.

Para Jacques Rodin, acabar la carrera aquel año, con sólo veintiséis primaveras a sus espaldas, significaba mucho. El era un joven de economía modesta y precisaba ponerse a trabajar cuanto antes.

Jacques siguió estudiando con afán.

De pronto, el timbre de su apartamento se puso a sonar, rompiendo la concentración del joven que rezongó algo contrariado. Dejó el libro sobre la pequeña mesa del *living,* abierto, y se levantó del sofá.

Descalzo, acudió a abrir.

Jacques Rodin medía 1,78 de estatura, pesaba ochenta y dos kilos, y poseía un tórax amplio y musculoso, cubierto de recio vello negro.

Alcanzó la puerta y abrió.

—Josephine...

—¿Cómo estás, Jacques? —le sonrió la muchacha, cuyos ojos brillaron, como siempre que tenía ante sí al futuro médico.

—Muy bien. ¿Y tú, Josephine...?

—Estupendamente, también.

—Me alegro.

—¿No me invitas a entrar...? —sugirió la joven, coqueta.

—Pasa —sonrió Jacques, haciéndose a un lado.

Josephine Poiret penetró en el pequeño apartamento del estudiante de Medicina.

Esperó a que éste cerrase la puerta y luego caminó con él hacia el *living.*

Al ver el grueso libro de texto sobre la mesa, abierto, preguntó:

—¿Estabas estudiando, Jacques...?

—Sí. Los exámenes finales están a un tiro de piedra y hay que apretar de firme para que no te cateen.

—Oh. Cuánto siento haberte interrumpido, Jacques.

—No te preocupes.

—¿No estás enfadado conmigo?

—Todo lo contrario. Hacía tiempo que no te veía, Josephine, y tú sabes que yo te aprecio mucho.

—No tanto como yo a ti.

—Por lo menos igual.

—Si eso fuera cierto acudirías de vez en cuando a mi apartamento para pasar un rato conmigo.

—No creas que es por falta de ganas, sino por falta de tiempo. Los estudios...

—Si te apeteciera tanto hacer el amor conmigo, como a mí me apetece hacerlo contigo, verías como sí encontrarías el tiempo necesario.

Jacques tosió.

—Josephine, yo te aseguro que...

—¿Cuándo lo hicimos por última vez?

—No lo recuerdo.

—Ya ves si hace tiempo, que lo has olvidado.

—Los días que han transcurrido, sí; pero lo bien que lo pasamos, no —aseguró Jacques, enlazando a la muchacha por la cintura:

Ella se apresuró a pasarle los brazos por el cuello y se pegó a él, transmitiéndole todo el calor de su joven y espléndido cuerpo.

—¿De verdad lo pasaste bien, Jacques?

—Maravillosamente bien.

—¿Y por qué no has vuelto desde entonces?

—Los estudios, ya te lo he dicho.

—¿No has hecho el amor con otras mujeres?

—No.

—¿Me das tu palabra?

—Te la doy.

Josephine le acarició el pelo, negro y rizado.

—Sospecho que me estás engañando, pedazo de bribón, pero voy a creerte —dijo, y le ofreció sus carnosos labios, entreabiertos y brillantes.

Jacques la besó con ardor, al tiempo que la estrechaba con fuerza contra sí, percibiendo la maravillosa turgencia de sus senos, que él había acariciado y oprimido muchas veces.

Josephine percibió la turgencia de otra cosa y empezó a creer que era cierto que Jacques llevaba bastantes días sin acostarse con una mujer.

Tras el largo y fervoroso beso, la propia Josephine sugirió:

—¿Nos vamos a la cama, Jacques?

El joven miró el libro de texto.

—Me gustaría, Josephine, pero...

—No es bueno estar tantos días sin hacer el amor, Jacques.

—Lo sé, pero los exámenes están tan cerca, que...

—No te suspenderán porque esta mañana pierdas media hora conmigo, no te preocupes —le interrumpió Josephine, que acariciaba hábilmente la nuca masculina mientras hablaba.

El deseo de Jacques pudo más que su voluntad, y el joven accedió.

—De acuerdo, preciosa. Haremos el amor.

—No te arrepentirás —aseguró Josephine, y volvió a unir su boca a la de él.

* * *

—¿Verdad que no estás arrepentido de haber accedido, Jacques? —preguntó Josephine Poiret, besando el hombro del futuro médico, al

tiempo que acariciaba su velludo tórax.

—En absoluto —sonrió Jacques Rodin, deslizando sus manos por la suave espalda de la muchacha, por sus firmes caderas, por sus redondeadas nalgas.

Se dieron un cálido beso en los labios y siguieron abrazados, acariciándose mutuamente sus cuerpos desnudos, que la sábana sólo cubría hasta la cintura.

—Jacques...

—¿Qué?

—Ya no trabajo en los Almacenes Beguin.

—¿Por qué?

—El encargado me metió mano descaradamente y yo le di tal bofetada que le rompí las gafas.

—Bien hecho.

—Sí, pero me costó el empleo.

—¿Te despidió?

—Ese mismo día.

—El muy cerdo.

—No te preocupes, encontré otro empleo esta mañana. Empiezo a trabajar esta tarde.

—¿Dónde?

—En una casa particular. Voy a cuidar de un niño. Es huérfano y vive con una tía suya.

Ganaré cuatro mil francos al mes.

—No está nada mal.

—El muchacho se llama Antoine, y es un chico muy raro.

—¿Tiene cuatro ojos?

—No.

—¿Dos narices?

—No.

—¿Tres piernas?

—No.

—¿Qué tiene de raro, entonces?

—La forma de mirar, la voz, la fuerza y el calor de sus manos...

—¿Cómo mira?

—Como un hombre. Tiene los ojos negros y brillantes, y te desnuda con ellos.

—¿Y su voz...?

—También parece de hombre.

—¿Y dices que tiene mucha fuerza y calor en las manos...?

—Sí, estrechó la mía como si fuera un hombre, y la suya estaba que ardía.

—¿No será un enano, en vez de un niño?

—No digas tonterías.

—¿Cuántos años dijiste que tiene?

—Ocho.

—¿Y no aparenta algunos más?

—Al contrario, aparenta menos. Seis años. Como mucho, siete. Es un poco bajo para su edad, y está bastante delgado. Da la impresión de que, si soplas fuerte, lo tumbas. Por eso me sorprendió tanto el vigor con que estrechó mi mano.

—Es muy extraño, sí.

—Estoy un poco preocupada, Jacques.

—Bueno, tampoco creo que sea para tanto, Josephin.

—Es que no te he dicho lo de su sonrisa.

—¿Qué pasa con su sonrisa?

—La tiene de ligón.

Jacques respingó sobre la cama.

—¿Que la tiene de qué...?

—De ligón —repitió la muchacha.

Jacques la miró fijamente a los ojos.

—Tú me estás tomando el pelo, Josephine.

—Te aseguro que no, Jacques.

—¿Cómo va a tener un niño de ocho años, que además sólo aparenta seis, la sonrisa de ligón?

—La tiene, Jacques. Sólo me sonrió una vez, y pareció decirme con sus negros y relucientes ojos de hombre: «¿Qué, te vienes conmigo a la cama, muñeca?»

El estudiante de Medicina rompió a reír.

—Eres tremenda, Josephine.

—No me crees, ¿eh? —gruñó la joven, ceñuda.

—No te enfades, preciosa. No es que piense que me estás engañando, sino que son figuraciones tuyas.

—No son figuraciones mías, Jacques. Te repito que Antoine Delubac mira, habla, sonríe y estrecha la mano como un adulto.

—Sólo es un niño, Josephine.

—Por eso precisamente estoy preocupada, Jacques.

—No hay motivo, créeme.

—Me gustaría que conocieras a Antoine. Seguro que entonces opinarías de forma distinta.

—Si tuviera tiempo, me acercaría una tarde a la casa de su tía y lo conocería.

—Te lo agradecería mucho, Jacques.

—De momento no puede ser, ya lo sabes. Hasta que no pasen los exámenes...

—Desde las doce de la mañana de los jueves, hasta las diez de la mañana de los viernes, estaré libre. Y puede que alguna tarde más, depende de que Claire Charnay, la tía de Antoine, tenga qué salir o no. ¿Quieres que venga a verte, Jacques?

—¿Sólo a verme, Josephine?

—Si no deseas nada más de mí, me conformaré con charlar contigo unos minutos y luego me marcharé. Un poco triste, pero me marcharé.

—De acuerdo, ven a verme. Y, una vez aquí, ya veremos si charlamos en el sofá... o lo hacemos en la cama, como hoy.

—Yo prefiero charlar aquí —sonrió la joven, maliciosa, y se apretó más contra Jacques.

—Josephine...

—¿Qué?

—Deberíamos vestirnos ya.

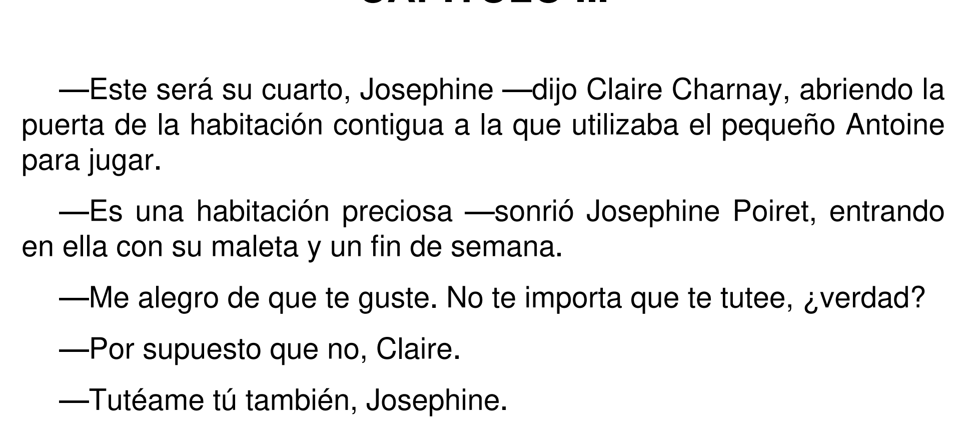
—¿No te apetece repetir?

—Sabes que sí, pero...

—Mientras te lo piensas, lo hacemos.

—Josephine...

—Calla, tonto —susurró la muchacha, y le selló la boca con un experto beso.



CAPITULO III

—Este será su cuarto, Josephine —dijo Claire Charnay, abriendo la puerta de la habitación contigua a la que utilizaba el pequeño Antoine para jugar.

—Es una habitación preciosa —sonrió Josephine Poiret, entrando en ella con su maleta y un fin de semana.

—Me alegro de que te guste. No te importa que te tutee, ¿verdad?

—Por supuesto que no, Claire.

—Tutéame tú también, Josephine.

—Oh, no. Yo a usted, no, Claire.

—¿Por qué? No soy tan joven como tú, pero casi.

—No es por eso.

—Porque eres mi empleada, ¿eh?

—Sí.

—A los empleados se les da órdenes, ¿no?

—Claro.

—Bueno, pues yo te ordeno que me tutees.

—Oh, entonces no puedo negarme.

Rieron las dos alegremente.

—Guarda tus cosas, Josephine —indicó Claire—. Después, ve a ver a Antoine. Cuanto antes tome confianza contigo, mejor.

—Estoy de acuerdo. Dentro de unos minutos estaré con él, Claire.

—Por el momento no le hables de estudiar. Limítate a hablar y jugar con él. Y lo mismo mañana, por ser domingo. El lunes ya intentarás hacerle trabajar un poco.

—Muy bien, Claire.

—Hasta luego, Josephine —sonrió la tía de Antoine, y salió de la habitación, cerrando la puerta.

Josephine Poiret abrió su maleta y su fin de semana.

Mientras sacaba sus cosas y las guardaba en el armario, oyó ruido en el cuarto de juegos de Antoine.

Eran los juguetes mecánicos del muchacho.

Josephine acabó de guardarlo todo y fue a ver a Antoine.

No se atrevió a entrar sin llamar, y dio unos golpecitos en la puerta, como por la mañana hiciera Claire.

El niño sólo tardó unos segundos en abrir.

—Hola, Antoine —le sonrió Josephine, procurando no ponerse nerviosa por la forma de mirar del muchacho.

—Hola —respondió él, con su voz de adolescente que ya se afeita.

—Vengo a jugar contigo. ¿Me dejas?

Antoine sonrió como si fuera Robert Redford tratando de conquistar a Raquel Welch.

—Sí —contestó, y se hizo a un lado.

Josephine, un tanto inquieta, penetró en el cuarto, cuya puerta cerró inmediatamente Antoine, como si temiera que la posible «conquista» se le escapara.

La muchacha se fijó en los varios juguetes mecánicos que en aquel momento estaban funcionando y armando ruido.

Había un precioso tanque, un extraño vehículo espacial, un soldado americano empuñando una metralleta, que disparaba mientras movía sus articuladas piernas, un soldado alemán, que portaba un lanzallamas, igualmente articulado...

—Tienes muchos juguetes, Antoine. Y son todos muy bonitos —dijo Josephine.

—¿De veras te gustan?

—Oh, Sí, mucho.

—¿Cuál de ellos te gusta más, Josephine?

—Como hay tantos, es difícil elegir... El tren eléctrico es una maravilla, Antoine.

—¿Quieres que lo ponga en marcha?

—Sí, por favor —rogó Josephine, arrodillándose en el suelo.

El pequeño Antoine miró la máquina.

Sólo hizo eso, mirarla.

No tocó ni accionó mando alguno.

Al menos, Josephine no vio que lo hiciera. De ahí su sorpresa cuando vio que el precioso tren eléctrico se ponía en movimiento, iniciando su recorrido por las vías.

—Antoine... —musitó.

—¿Qué?

—¿Cómo has puesto en marcha el tren?

—Le he ordenado a la máquina que arrancara.

—¿Le has... *ordenado?* —parpadeó Josephine.

—Sí.

—¿Con qué?

—Con el pensamiento.

Josephine Poiret sintió un escalofrío.

—¿Con el... *pensamiento?* —balbuceó.

—Sí.

—¿Tienes poderes mentales, Antoine?

—No lo sé. Mis juguetes, desde luego, me obedecen todos.

—¿Todos...?

—Sí.

—Para el tren, Antoine.

—¿Por qué? ¿No te gusta verlo funcionar?

—Sí, me gusta mucho. Pero quiero ver cómo lo detienes... con el pensamiento.

—No me crees, ¿eh?

—Si he de ser sincera, no. Me cuesta admitir que un niño de ocho años pueda...

—Está bien, lo detendré —accedió Antoine.

Miró la máquina.

Fijamente.

El tren eléctrico se detuvo casi en el acto.

Josephine volvió a sentir frió en la espalda.

—Dios mío... —gimió débilmente.

—¿Quieres que detenga los otros juguetes también? —preguntó Antoine.

—Sí...

El extraño muchacho miró el tanque, que no había parado de dar vueltas, y el tanque se paró.

Lo mismo sucedió con el complicado vehículo espacial, cuando Antoine clavó sus negros ojos de adulto en él.

Y con el soldado americano.

Y con el soldado alemán.

Y con el resto de los juguetes que estaban en movimiento.

La habitación quedó en silencio.

Un silencio total, apenas roto por los violentos latidos del corazón de la asustada Josephine Poiret, que se había quedado sin color en el rostro.

—¿Ves como era verdad? —dijo Antoine, sonriendo.

—¿Sabe tu tía que tú...? —balbució Josephine.

—No, no lo sabe nadie. Sólo tú, Josephine. Pero debes mantenerlo en secreto. Si se lo dices a tía Claire, dejaremos de ser amigos y le diré a mi tía que ya no me gustas. Te despedirá y buscará otra señorita que se ocupe de mí.

—No temas, Antoine. No le diré nada a tu tía.

—Eso espero, Josephine, porque yo lo negaría y tía Claire pensaría que tú no estás bien de la cabeza.

—Seguro que lo pensaría.

—¿Quieres que ponga nuevamente el tren en marcha?

—Sí.

Antoine lo miró con fijeza y el tren eléctrico arrancó de nuevo.

Después, el niño se arrodilló junto a Josephine, tan cerca de ella, que su delgado muslo quedó pegado al de la muchacha.

Josephine percibió el extraño calor de la carne de Antoine a través del liviano tejido de su vestido, pero no separó su muslo del de él.

—¿Sabes por qué te elegí a ti, Josephine?

—No.

—Porque me recuerdas a mi madre.

—¿De veras. Antoine?

—Sí, ella también era muy guapa. Yo la quería mucho.

—Lo sé —se emocionó visiblemente Josephine, y acarició el pelo

del muchacho.

Antoine le cogió la mano entre las suyas y se la apretó.

—Mi madre también me quería mucho, Josephine.

—Sí, tu tía me lo dijo.

—¿Me querrás tú también?

—Claro.

—¿Tanto como ella?

—Sí.

—Yo también te querré mucho, Josephine —dijo Antoine, y posó sus finos labios en la mejilla de la muchacha que iba a ocuparse de él.

Josephine, cada vez más emocionada, quiso devolverle el beso, pero Antoine movió la cabeza en el instante justo y, en vez de recibir el beso en la mejilla, lo recibió en los labios.

El contacto de los calientes labios del niño con los suyos produjo en la muchacha una extraña sensación, que la obligó a estremecerse de pies a cabeza.

—Mi madre siempre me besaba en los labios —explicó Antoine, para justificar su astuta acción.

—Entiendo —sonrió nerviosamente Josephine.

—¿Tienes novio, Josephine?

—No.

—Yo tampoco tengo novia.

Josephine no pudo reprimir la carcajada.

—Ya la tendrás cuando seas mayor, no te preocupes.

—¿Quieres serlo tú, Josephine?

—¿Qué?

—Te pregunto si quieres ser mi novia.

Josephine volvió a reír,

—¿Te parece que hacemos buena pareja, Antoine?

—No entiendo lo que quieres decir, pero me gustaría mucho que fueras mi novia. Mi madre también era mi novia, ¿sabes?

—¿Ah, sí...?

—Ella solía decirlo.

Josephine pensó que Antoine no sabía lo que era tener novia, que para él no era más que un juego de los muchos que sin duda le enseñó su madre, de ahí que no tuviera inconveniente en responder:

—Acepto tu proposición, Antoine.

—¿Serás mi novia, Josephine?

— Ya lo soy.

—Estupendo —sonrió el niño, y besó en los labios a Josephine, cuyo cuerpo abrazó con sus cortos y delgados brazos.

Josephine Poiret se estremeció más profundamente aún que antes, porque el pequeño Antoine la besaba y la abrazaba con una pasión impropia de un niño, de ocho años, y empezó a pensar que tal vez Antoine Delubac sí sabía lo que era tener novia.

Desde luego que Antoine lo sabía, pero, desgraciadamente para Josephine, cuando ella descubriera las verdaderas intenciones del muchacho, ya sería tarde para intentar escapar de él y de su diabólico poder.

CAPITULO IV

Había anochecido ya, cuando el timbre del apartamento de Jacques Rodin se dejó oír, obligando al joven a interrumpir su estudio.

El futuro médico se levantó del sofá y caminó hacia la puerta.

Ya no iba en pantalón de pijama y con el torso desnudo, sino que se había puesto unos vaqueros azules y una camisa grana, de manga corta. Calzaba mocasines marrones.

Jacques abrió la puerta.

—Hola —saludó, con una deliciosa sonrisa, la muchacha rubia que había hecho sonar el timbre.

Jacques la miró de arriba abajo y le concedió unos veinte años de edad. La chica, de rostro bonito, un tanto picaro, tenía los ojos azules y vestía unos *shorts* blancos, muy cortos y bajos de cintura, y una blusa verde, anudada bajo los senos, descaradamente levantados.

—Hola, Nicole —respondió Jacques, devolviéndole la sonrisa a la muchacha.

Ella parpadeó graciosamente.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Ahí lo pone —dijo Jacques, señalando la fina cadena dorada que adornaba el desnudo talle de la joven, en la que, grabadas en una delgada placa metálica, podían leerse estas seis letras: «NICOLE».

La chica se miró la cintura y rió cantarinamente.

—Oh. Sí, lo había olvidado.

—Yo me llamo Jacques; Jacques Rodin.

—Mi apellido es Monnier —reveló la muchacha, estrechando la mano que le ofrecía Jacques.

—¿En qué puedo servirte, Nicole?

—Acabo de mudarme en el apartamento de al lado.

—¿De veras?

—Sí: vamos a ser vecinos.

—Me alegro mucho, Nicole.

—Yo también.

—¿Necesitas alguna cosa?

—No, nada. Sólo he venido a presentarme y a saber quién vivía en el apartamento de al lado, porque pienso que los vecinos deben conocerse.

—Desde luego.

—Bueno, pues ya nos conocemos. Si necesitas algo de mí, Jacques, no dudes en decírmelo.

—Gracias, Nicole. Lo mismo te digo.

—Hasta la vista, Jacques.

—Adiós.

Nicole Monnier, un tanto desilusionada, pues esperaba que Jacques Rodin la invitase a entrar y tomar una copa, mientras conversaban y se conocían mejor, dio media vuelta y caminó hacia su apartamento, donde se introdujo sin volver la cabeza ni una sola vez.

Jacques esperó a que la muchacha cerrase la puerta de su apartamento y entonces cerró él la del suyo, regresando al sofá. Tomó el libro de texto y reanudó el estudio.

No habrían transcurrido más de cinco minutos, cuando el timbre de la puerta se dejó oír nuevamente.

Jacques exhaló un suspiro y acudió a abrir, adivinando que se trataba de su bella vecinita.

En efecto, era ella. Y portaba una taza vacía.

—Perdona que te moleste, Jacques, pero es que he hecho café y resulta que no tengo azúcar. Se me olvidó comprarlo. ¿No podrías prestarme un poco?

—Por supuesto. Pasa, Nicole.

—Gracias, Jacques. Eres muy amable.

Jacques cerró la puerta y tomó la taza vacía que traía la muchacha.

—Espera un minuto, Nicole.

—Sí.

Jacques se dirigió a la cocina.

Nicole, mientras esperaba, lo curioseó todo con la mirada.

Jacques regresó con la taza, ahora llena de azúcar.

—Aquí tienes, Nicole.

—Muchas gracias, Jacques. El lunes compraré y te lo devolveré

—Ni pensarlo.

—¿No quieres que te lo devuelva?

—Pues claro que no. Otro día seré yo quien se quede sin azúcar y tendré que recurrir a ti. Entonces tendrás la oportunidad de devolverme el favor.

—De acuerdo —sonrió encantadoramente la joven.

Jacques abrió la puerta y Nicole salió del apartamento.

Antes de que el estudiante de Medicina cerrara, la muchacha sugirió:

—¿Te apetece una taza de café, Jacques?

—No, gracias.

—Me sale muy bueno.

—No lo dudo, Nicole. En otra ocasión lo probaré, te lo prometo.

—Como quieras —sonrió levemente la joven, y volvió a su apartamento, más desilusionada aún que antes, pues había concebido esperanzas de que el truco del azúcar daría resultado.

Truco, sí, porque ella tenía casi dos kilos de azúcar en casa.

Pero no había servido de nada.

Nicole, sin embargo, no se dio por vencida.

Le había gustado mucho el aspecto de su vecino, y estaba dispuesta a conseguir como fuera que él le prestase un poco más de atención.

Era ya cuestión de amor propio.

Nicole se sabía bonita y dueña de un cuerpo grácil y armonioso.

No admitirla su derrota tan fácilmente.

Dejó transcurrir otros cinco minutos y volvió a llamar a la puerta de Jacques, con otra taza vacía en las manos.

El futuro médico abrió, con el gesto menos cordial que antes, porque ya era la tercera vez que se veía obligado a interrumpir su estudio en el último cuarto de hora.

Nicole sonrió tímidamente y le mostró la taza.

—Lamento molestarte de nuevo, Jacques, pero es que...

—¿Quieres más azúcar?

—No, lo que necesito ahora, es sal.

—Tampoco tienes, ¿eh?

—No, también se me olvidó.

—Trae —gruñó Jacques, arrebatándole literalmente la taza de las manos.

—¡Huy! qué brusco eres, hijo. Casi me arrancas un dedo... —protestó Nicole, y se llevó a su preciosa boquita, para darle un par de chupaditas.

—Lo siento —gruñó de nuevo Jacques, y caminó hacia la cocina a grandes zancadas.

Un minuto después estaba de vuelta con la sal.

—Se me está hinchando el dedo, ¿sabes? —dijo Nicole, sin coger la taza.

—Discúlpame, te lo ruego.

—¿Por qué me arrancaste la taza de las manos?

—Estoy un poco nervioso.

—¿Soy yo la causa de tu nerviosismo?

—Sí, aunque no directa. La culpa es de los exámenes que están muy cerca. Tengo que estudiar mucho para que no me suspendan, y tú no me dejas.

—¿Qué estudias, Jacques?

—Medicina.

—¡Oh, quieres ser médico!

— Sí.

—¿Y te falta mucho para...?

—Estoy en el último curso.

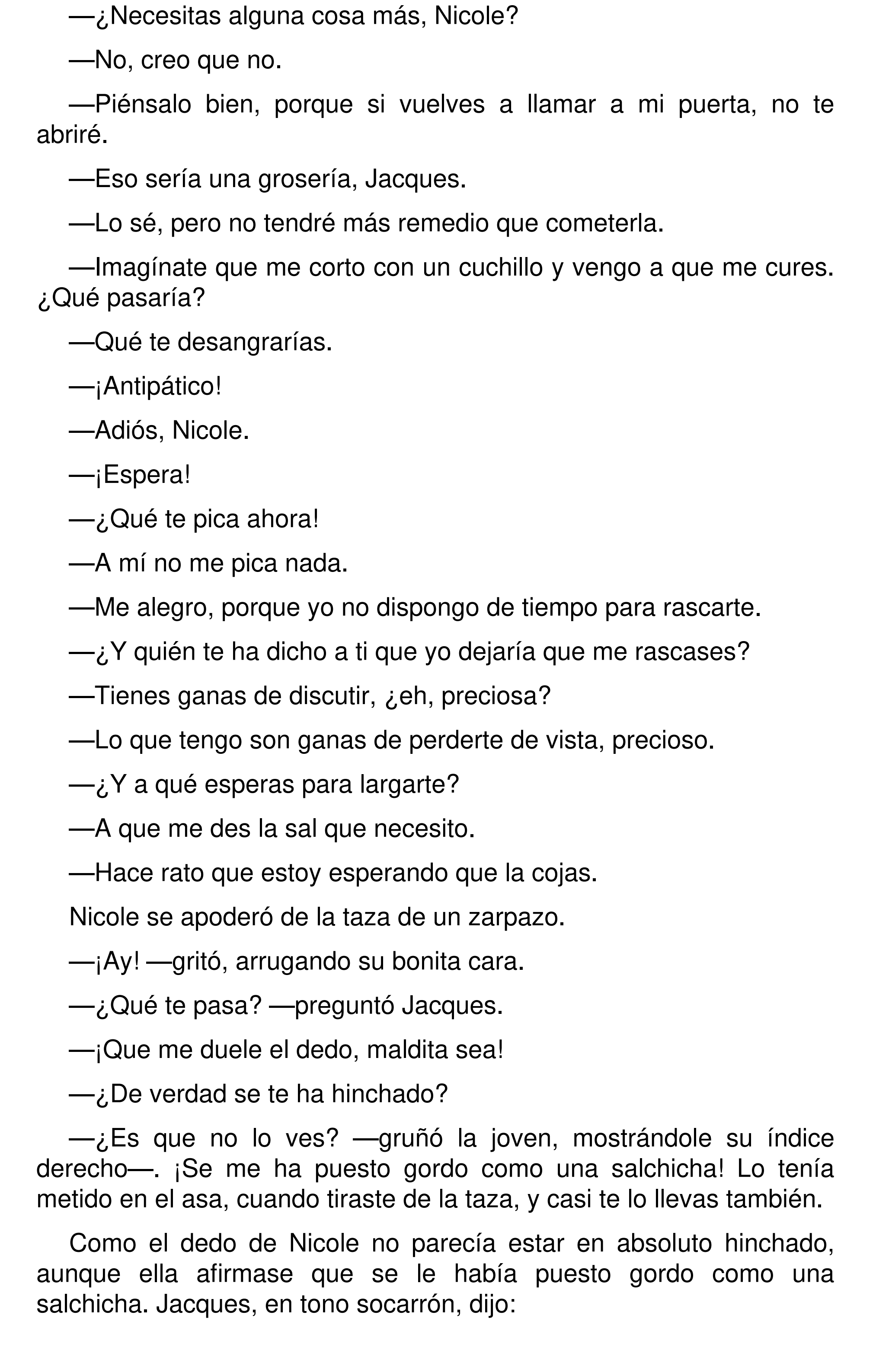
—¡Oh, eso es magnífico, Jacques! ¡Casi puede decirse que ya eres doctor!

—Sí, casi —sonrió el joven.

—Cuando me duela algo, recurriré a ti.

—De acuerdo. Pero procura que no te duela nada hasta después de los exámenes, ¿eh?

—Bueno, uno no se pone enfermo cuando quiere, Jacques... —repuso coquetamente la muchacha.



—¿Necesitas alguna cosa más, Nicole?

—No, creo que no.

—Piénsalo bien, porque si vuelves a llamar a mi puerta, no te abriré.

—Eso sería una grosería, Jacques.

—Lo sé, pero no tendré más remedio que cometerla.

—Imagínate que me corto con un cuchillo y vengo a que me cures. ¿Qué pasaría?

—Qué te desangrarías.

—¡Antipático!

—Adiós, Nicole.

—¡Espera!

—¿Qué te pica ahora!

—A mí no me pica nada.

—Me alegro, porque yo no dispongo de tiempo para rascarte.

—¿Y quién te ha dicho a ti que yo dejaría que me rascases?

—Tienes ganas de discutir, ¿eh, preciosa?

—Lo que tengo son ganas de perderte de vista, precioso.

—¿Y a qué esperas para largarte?

—A que me des la sal que necesito.

—Hace rato que estoy esperando que la cojas.

Nicole se apoderó de la taza de un zarpazo.

—¡Ay! —gritó, arrugando su bonita cara.

—¿Qué te pasa? —preguntó Jacques.

—¡Que me duele el dedo, maldita sea!

—¿De verdad se te ha hinchado?

—¿Es que no lo ves? —gruñó la joven, mostrándole su índice derecho—. ¡Se me ha puesto gordo como una salchicha! Lo tenía metido en el asa, cuando tiraste de la taza, y casi te lo llevas también.

Como el dedo de Nicole no parecía estar en absoluto hinchado, aunque ella afirmase que se le había puesto gordo como una salchicha. Jacques, en tono socarrón, dijo:

—Si no desaparece esa terrible hinchazón, no habrá más remedio que amputarte el dedo, Nicole.

Ella lo desintegró con la mirada.

—Encima pitorreo, ¿eh?

—No, estoy hablando en serio.

—¿Sabes qué te amputaría yo a ti?

—¿Qué?

—No te lo digo, porque soy una chica fina —rezongó Nicole, y trotó hacia su apartamento, cuya puerta cerró con violencia.

Jacques rió y cerró también la suya.

CAPITULO V

Claire Charnay se había arreglado para salir aquella noche.

Iba a cenar con Gerard Lenoux, un viejo amigo, según explicó a Josephine Poiret.

Después, irían a bailar y a divertirse un rato, por lo que Claire dijo a Josephine que no la esperase levantada, pues regresaría bastante tarde.

Gerard Lenoux llegó a las ocho en punto, con su flamante «Mercedes-Benz», de color gris plata. Era un tipo alto y apuesto, que frisaba los treinta y ocho años de edad. Vestía con exquisita elegancia.

Claire, que lucía un precioso vestido de noche, recibió a Gerard con un cálido beso en los labios y luego le presentó a Josephine.

Gerard tendió su diestra a la muchacha.

—Me alegro de conocerte, Josephine.

—Yo también de conocerle a usted, señor Lenoux.

—Llámame Gerard, por favor. Soy un buen amigo de Claire.

—Un excelente amigo —dijo la tía de Antoine, en un tono muy particular.

Josephine adivinó que entre Claire y Gerard había algo más que amistad, y la verdad es que no le sorprendió en absoluto, pues hacían muy buena pareja.

Cambiaron muy pocas palabras más y luego Gerard y Claire se marcharon, dejando sola a Josephine con el pequeño Antoine, que seguía en el cuarto de los juguetes.

Esos juguetes que él ponía en movimiento y detenía con sólo mirarlos fijamente con sus brillantes ojos negros, gracias al extrañó misterioso poder de su mente.

Esto último hizo que Josephine sintiera un poco de miedo al quedarse a solas con el muchacho, pero comprendía que no tenía más remedio. Para eso iba a cobrar cuatro mil francos al mes, para que Claire pudiera salir por las noches siempre que le apeteciera, mientras ella quedaba al cuidado del niño.

¿Niño...?

Josephine se hallaba cada vez más confundida con respecto a eso.

Era cierto que Antoine sólo tenía ocho años, y que aparentaba no más de seis o siete, pero su forma de mirar, de sonreír, su voz, el calor de su cuerpo, su increíble fuerza...

No, todo eso no era de niño.

Y tampoco besaba como un niño.

Josephine no podía olvidar lo sucedido en la habitación de los juguetes, cuando ella, en broma, aceptó ser la novia de Antoine.

Menudo beso le había soltado el niño...

Y menudo abrazo...

Todavía le parecía sentir el fuego de sus labios y el vigor de sus pequeños brazos.

Por fortuna, Antoine se conformó con besarla y abrazarla una sola vez, prestando luego atención a sus juguetes. Josephine, anonadada por la intensidad del beso y el caluroso abrazo, siguió en el cuarto con el muchacho, presenciando sus juegos y participando en ellos cada vez que él se lo pedía.

Claire, antes de arreglarse, había dejado dispuesta la cena de Josephine y de Antoine.

Josephine subió a avisar al niño de que era hora de cenar.

Antoine pareció alegrarse.

Durante la cena, el muchacho habló poco, pero apenas dejó de mirar a Josephine, provocando el nerviosismo mal disimulado de la joven, que no podía resistir el brillo de los ojos de Antoine.

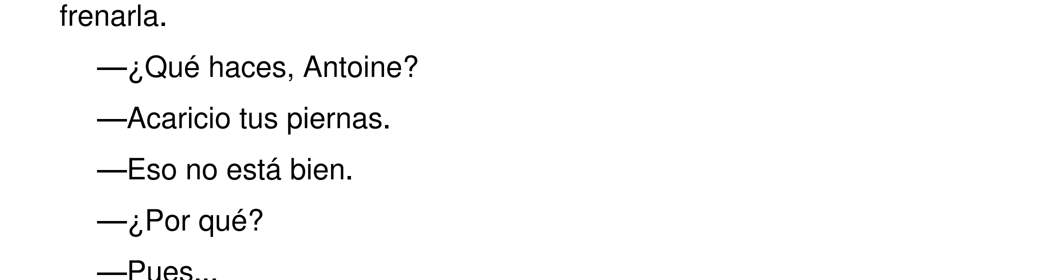
Tras la cena, vieron la televisión algo más de una hora, sentados los dos en el sofá de la sala de estar, muy juntos.

Al principio, cuando el muchacho se acurrucó contra ella, Josephine no dijo nada.

Tampoco protestó cuando le cogió la mano. Ni siquiera cuando posó la de él sobre el muslo derecho de ella y se lo apretó suavemente.

Poco después, sin embargo, la manita de Antoine comenzó a deslizarse por la abertura frontal del vestido femenino, buscando el contacto directo con la carne joven y fresca de Josephine.

La muchacha dio un nervioso respingo al sentir entre sus muslos la mano del niño, moviéndose como una serpiente, y se apresuró a



frenarla.

—¿Qué haces, Antoine?

—Acaricio tus piernas.

—Eso no está bien.

—¿Por qué?

—Pues...

—A mi madre también se las acariciaba.

—¿De veras?

—Sí, ella me lo pedía, y a mí me gustaba mucho. Las tenía muy suaves. Tú también las tienes muy suaves, Josephine.

—Muchas gracias.

—¿No te gusta que te las acaricie?

Josephine pensó que si le decía que no, Antoine podría enfadarse, y como eso a ella no le convenía, respondió:

—Bueno, acaríciamelas. Pero sólo un poco, ¿eh? No es que no me guste, pero me distrae y no puedo concentrarme en el televisor.

Antoine sonrió y empezó a recorrer con su ardiente manita los moldeados muslos femeninos, que Josephine juntó todo lo que pudo, no fuera que al niño se le ocurriera llegar hasta su intimidad y entonces sí que...

Pero no sucedió tal cosa, para tranquilidad de Josephine.

Una tranquilidad relativa, porque la manita de Antoine se mostraba sorprendentemente hábil en las caricias, y de no ser porque se trataba de un niño de ocho años, Josephine hubiera pensado en cosas que una mujer sólo piensa cuando está siendo acariciada por un hombre que le gusta.

De pronto la mano de Antoine abandonó los muslos de Josephine y se posó en su seno derecho, oprimiéndolo con suavidad.

La sorpresa de la muchacha fue tal que no acertó a reaccionar.

Quedó muy quieta

Sin habla.

El pequeño Antoine, siempre con aquella sonrisa de ligón en sus delgados labios, preguntó:

—¿Llevas sujetador, Josephine?

—Sí —respondió ahogadamente la joven.

—Mi madre nunca llevaba.

—¿No?

—¿Por qué llevas tú?

—Pues...

—Quítatelo.

—¿Qué?

—Que te quites el sujetador.

—¿Por qué?

—Quiero ver tus pechos.

—¡Antoine...!

—Mi madre me los enseñaba y yo se los besaba y se los acariciaba.

—¡Porque eras muy pequeño! Seguro que ahora, si viviera, no te dejaría. Tienes ya ocho años, Antoine.

—¿Y qué?

—Pues que a esa edad ya no está bien que beses y acaricies los pechos de una mujer.

—¿Por qué?

—Porque no, ya está. Y deja ya de apretarme el seno, ¿quieres?

Antoine retiró su manita del pecho de Josephine.

Ahora ya no sonreía.

—Tú no me quieres, Josephine.

—Claro que te quiero.

—No, me engañaste. Tú no quieres ser mi novia.

—Sí que quiero ser tu novia.

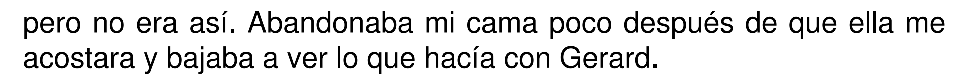
—No, no quieres. Te niegas a mostrarme los pechos.

—Antoine, ya te he explicado que...

—Tía Claire se los muestra a Gerard.

—¿De veras? —respingó Josephine.

—Sí, en este mismo sofá. Yo los he visto varias noches, sin que ellos me vieran a mí. Tía Claire pensaba que yo dormía en mi cuarto,


pero no era así. Abandonaba mi cama poco después de que ella me acostara y bajaba a ver lo que hacía con Gerard.

—Eso no está bien, Antoine.

—¿Por qué? A mí me gusta ver cómo Gerard besa y acaricia a tía Claire. A veces la deja completamente desnuda, la tumba en el sofá, se coloca encima de ella, y...

—¡Antoine! —exclamó Josephine, sofocada, y brincó del sofá.

—¿Qué ocurre, Josephine?

—¡Que nos vamos a dormir!

—¿Ya?

—¡Sí, ahora mismo!

—Yo no tengo sueño, Josephine.

—¡Pues cuentas ovejitas! ¡Hale, a la cama!

—Como tú digas, Josephine —asintió sumisamente Antoine, levantándose del sofá.

Josephine, que ya había apagado el televisor, tomó de la mano al niño y lo llevó a su habitación.

—Ponte el pijama y acuéstate en seguida, Antoine.

—¿No vas a ponérmelo tú, Josephine?

—¿El pijama?

—Tía Claire me lo pone todas las noches.

—Está bien, yo te lo pondré —rezongó Josephine, y procedió a desnudar al muchacho.

Le colocó rápidamente el pijama y lo acostó en la cama, cubriéndolo con la sábana.

—A dormir, Antoine.

—¿No me das un beso, Josephine?

—Sí, pero no muevas la cara.

—No me gusta que me besen en la mejilla.

—Pues yo no pienso besarte en otro sitio.

—¿Ves como no me quieres?

Josephine comprendió que estaba obligada a besar al niño en los labios, para demostrarle que le quería, y aunque le asustaba un poco,

lo hizo.

Su intención era darle un beso muy fugaz, pero Antoine le echó los brazos al cuello y le impidió erguirse.

Josephine, muy a su pesar, recibió un beso tremendo, de esos que dejan sin respiración a una mujer y hacen correr más de prisa la sangre por sus venas.

Cuando Antoine le soltó el cuello y permitió que se irguiera, Josephine tenía el rostro intensamente arrebolado y jadeaba como si acabara de echar una carrera.

El niño volvió a sonreír como un conquistador y propuso:

—¿Por qué no te acuestas conmigo, Josephine?

—¿Qué...? —exclamó la joven, respingando.

—Me gustaría verte completamente desnuda, y hacer contigo lo que Gerard hacía con tía Claire.

Josephine enrojeció aún más.

—¡No sabes lo que dices, Antoine!

—Acuéstate conmigo, Josephine.

—¡No!

—Si te niegas a complacerme, le diré a tía Claire que ya no me gustas y ella te despedirá.

—¡No me importa!

—Creí que necesitabas el empleo.

—¡Ya encontraré otro!

—Por favor, Josephine... —le tendió los brazos el niño.

—¡He dicho que no! —respondió la muchacha, y salió precipitadamente de la habitación de Antoine.

Ya en la suya, se dejó caer en la cama, boca arriba, y se llevó las manos a las sienes. Le latían con fuerza, casi dolorosamente.

Josephine sintió deseos de llorar.

¡Condenado Antoine!

Por su culpa iba a perder aquel magnífico empleo.

Para conservarlo tendría que someterse a sus deseos y sus caprichos, y no estaba dispuesta a hacerlo.

Bastante le había consentido ya.

Meterse desnuda en la cama con él...

¡Ni hablar!

De haber sido un hombre hecho y derecho, y de su agrado, tal vez hubiera accedido a acostarse con él, pero con un niño de 8 años, jamás.

De pronto, Josephine oyó ruido en el cuarto de al lado e interrumpió sus pensamientos, ligeramente asustada.

¡Eran los juguetes de Antoine!

¡El maldito niño se había levantado de su cama y los había puesto en funcionamiento!

Josephine brincó de la suya y corrió hacia la puerta, firmemente decidida a regañar al muchacho.

Apenas abrir la puerta, comenzó el horror.

CAPÍTULO VI

Si.

La venganza del pequeño pero diabólico Antoine Delubac, terriblemente furioso porque Josephine Poiret se había negado a meterse desnuda en la cama con él, iba a dar comienzo.

Una venganza cruel y horrorosa, que sólo una mente satánica como la suya podía idear y desarrollar, con la colaboración de sus juguetes bélicos.

Ya estaban todos en movimiento.

Habían salido del cuarto de juegos de Antoine, cumpliendo las órdenes mentales del maquiavélico muchacho, y avanzaban directamente hacia su objetivo.

El objetivo era Josephine, naturalmente.

Tenían que ensañarse con ella, causarle todo el dolor y el sufrimiento posibles, antes de acabar con su vida.

Esas eran las órdenes recibidas por los juguetes.

Y las cumplirían.

No podían negarse.

Eran simples objetos dirigidos telepáticamente por el perverso Antoine, transformados por el demoníaco poder de! muchacho, aunque dicha transformación, por el momento, no se apreciase.

Pero muy pronto se vería que un profundo y peligroso cambio se había operado en ellos, por obra y gracia del increíble poder mental del pequeño Antoine.

Josephine Poiret pareció intuir ese peligro, al ver avanzar a los juguetes bélicos directamente hacia ella, y palideció visiblemente, al tiempo que retrocedía.

Cerró la puerta con brusquedad y echó el cerrojo, para impedir la entrada de los juguetes mecánicos y de Antoine, que caminaba tras ellos, con los ojos más negros y más brillantes que nunca, y una sonrisa verdaderamente siniestra.

De poco sirvió que Josephine cerrara la puerta de su habitación y corriera el cerrojo, según se pudo comprobar en seguida.

El tanque se encargó de forzar la puerta.

Se detuvo frente a ella, alzó unos cuantos grados el cañón, y

disparó varias veces contra el cerrojo.

¡Y eran disparos de verdad!

¡El tanque de juguete se había convertido en un tanque auténtico, sólo que mucho más pequeño!

Josephine, aterrada, vio cómo el cerrojo saltaba en pedazos y la puerta se abría de par en par, dando paso a los juguetes bélicos y al pequeño Antoine.

La muchacha, toda temblorosa y con las facciones desencajadas, retrocedió hasta el fondo de la habitación, musitando:

—No..., no..., no...

Su espalda topó contra la pared y ya no pudo retroceder más.

Con ojos desorbitados de horror, miró al diabólico niño y suplicó:

—¡Detén los juguetes. Antoine!

—Quítate el vestido, Josephine —ordenó fríamente el muchacho.

—No, eso no... —se negó la joven.

El soldado americano accionó su metralleta y soltó una ráfaga de balas diminutas, no mayores que perdigones.

Josephine dio un chillido y se agarró la pierna derecha, que ya sangraba por las pequeñas heridas causadas por la metralleta de juguete.

¿De juguete...?

¡La metralleta era de verdad, aunque muchísimo más pequeña!

Josephine sentía un terrible dolor en la pierna, pero no se quejaba.

El terror, aún mayor, la hacía olvidarse de sus sufrimientos.

Antoine, con la misma frialdad de antes, ordenó de nuevo:

—Quítate el vestido, Josephine.

—No... —siguió negándose la aterrorizada muchacha.

El extraño vehículo espacial soltó un delgado chorro de fuego y la orilla de la falda del vestido de Josephine comenzó a arder.

La joven dio un grito y trató de apagar las llamas con sus manos, pero el vehículo espacial lanzó otros dos chorros de fuego, alcanzando el vestido femenino un palmo más arriba que antes.

Josephine chilló al sentir la dolorosa mordedura del fuego en sus muslos y ya no esperó a que el demoníaco Antoine le ordenara de

nuevo que se quitara el vestido.

Se lo arrancó literalmente, apremiada por la necesidad, quedando en pantaloncitos y sujetador, mientras su vestido seguía ardiendo en el suelo.

—Quítate eso también, Josephine —ordenó Antoine.

La horrorizada muchacha vaciló, pero muy poco.

Sabía lo que sucedería si no se despojaba del sujetador y del pantaloncito, que los malditos juguetes mecánicos harían arder ambas prendas.

Josephine se desprendió de ellas y quedó completamente desnuda ante los diabólicos ojos de Antoine Delubac, la pierna derecha encogida y ensangrentada, los muslos dolorosamente quemados...

Pero la joven seguía sin quejarse.

Se preguntaba qué sucedería ahora.

¿Se le acercaría Antoine y manosearía su cuerpo desnudo...?

Josephine pensaba que sí, que para eso la había obligado él a quitárselo todo, para contemplar su cuerpo desnudo y tocar todo lo que le apeteciera.

Pero se equivocó.

Antoine la contempló largamente, sí, pero no se acercó a ella.

Ya no quería acariciar su cuerpo desnudo, sino destruirlo con sus juguetes bélicos, convertirlo en un despojo humano, en una masa deforme y sanguinolenta, en algo irreconocible, espantoso, escalofriante.

Entonces comenzó el verdadero horror.

El tanque efectuó un disparo y destrozó la rodilla izquierda de Josephine, que aulló de dolor y se derrumbó.

A partir de ese momento los aullidos de la desgraciada se sucedieron, porque el resto de los juguetes bélicos que controlaba el pequeño Antoine con el satánico poder de su mente empezaron a disparar también sus armas, todos a una.

El vehículo espacial soltó un chorro de fuego y quemó el seno derecho de Josephine. El soldado americano hizo funcionar su metralleta, tomando como blanco los muslos de la muchacha. El otro soldado, el que vestía uniforme alemán, accionó su lanzallamas y abrasó los tobillos y las pantorrillas de la indefensa joven, que chillaba, lloraba y se retorcía de dolor.

El tanque lanzó una andanada y produjo una terrible herida en la nalga izquierda de Josephine, que sangró profusamente.

Un instante después destrozaba la otra nalga de la muchacha.

El vehículo espacial seguía soltando chorros de fuego.

El soldado americano, ráfagas de metralleta.

El soldado alemán, llamas.

Josephine Poiret no pudo resistir tanto dolor y se desmayó, quedando totalmente a merced de los juguetes bélicos, que siguieron ejecutando las órdenes que recibían del pequeño y perverso Antoine Delubac.

CAPITULO VII

Nicole Monnier no volvió a molestar aquella noche a Jacques Rodin y el joven pudo estudiar tranquilo en paz hasta muy tarde

Cuando se fue a la cama, rendido por el cansancio y por el sueño, faltaban sólo unos minutos para las cuatro. Antes de dormirse, puso el despertador a las nueve.

Cinco horas de descanso no era mucho, pero Jacques no podía permitirse más. Después de los exámenes, si los aprobaba, ya recuperaría las horas de sueño perdidas.

No fue sin embargo, el despertador quien interrumpió el merecido descanso del estudiante de Medicina, sino un tocadiscos que alguien puso a toda voz.

Cuando Jacques Rodin abrió los ojos y vio que no eran más que las ocho y cinco minutos de la mañana, se puso a maldecir a Nicole Monnier, su joven y rubia vecinita, porque la estridente música sonaba en el apartamento de ella.

Jacques, entre maldición y maldición, saltó de la cama y empezó a golpear la pared, para que Nicole se diera cuenta de que la música de su tocadiscos le molestaba y lo apagara.

Pero la muchacha no lo paró.

Ni siquiera bajó el volumen.

Jacques, colérico, fue al apartamento de Nicole, descalzo y con el torso desnudo, pues sólo llevaba puesto el pantalón del pijama.

Hundió la yema del pulgar en el timbre y la mantuvo así hasta que la muchacha abrió la puerta, luciendo una camiseta de rugby, muy roja, con el número 15 estampado en ella.

—¿Se te ha pegado el dedo al botón del timbre, Jacques...? —exclamó, furiosa.

El joven retiró el pulgar y rugió:

—¡Para ese maldito trasto en seguida, Nicole!

—¿Te refieres al tocadiscos...?

—¡Sí!

—¿Por qué tengo que pararlo?

—¡Porque me molesta! ¡Estaba durmiendo y me ha despertado!

—¡Son más de las ocho! ¡No es hora de dormir, sino de levantarse!

—¡Yo me acosté a las cuatro, Nicole!

—Te fuiste de picos pardos, ¿eh?

—¡Ni de picos pardos ni de picos marrones! ¡Estaba estudiando!

—Oh, sí, había olvidado que estoy hablando con un futuro médico.

—¡Sin pitorreo, guapa!

—¿Quién se pitorrea?

—¿Para el tocadiscos o lo paro yo a mi manera? —amenazó el joven.

—¿Cómo los paras tú, Jacques?

—¡Arrojándolos por la ventana!

—Si haces eso con el mío, te desgracio de un rodillazo donde tú sabes.

—¿Quieres verlo, rica?

—Sí, rico.

Jacques embistió a la muchacha y la tiró al suelo.

Nicole quedó unos segundos patas arriba, exhibiendo su lindo trasero, escasamente cubierto por un pantaloncito amarillo

La visión era sumamente tentadora, pero Jacques no se entretuvo deleitándose con ella y corrió hacia el tocadiscos.

Nicole, desde el suelo, vio como el enfurecido joven atrapaba el tocadiscos y cargaba con él.

—¡No, Jacques! —gritó.

Jacques Rodin no hizo caso y caminó hacia la ventana.

Como el tocadiscos iba a pilas, siguió funcionando.

Nicole Monnier brincó del suelo, pero no llegó a correr hacia el estudiante de Medicina, como era su intención, porque él ya había alcanzado la ventana y se disponía a arrojar el tocadiscos por ella.

—¡No lo hagas, Jacques! —suplicó, a punto de echarse a llorar.

El joven la miró, el tocadiscos fuera ya de la ventana, aunque todavía en sus manos, sonando con absoluta normalidad.

—¿No dijiste que querías ver cómo lo arrojaba, muñeca...? —recordó, con sarcástica sonrisa.

Nicole se mordió los labios nerviosamente.

—Por favor, Jacques... Hace sólo dos semanas que lo compré, y suena muy bien.

—¡Suena demasiado!

—Está bien, lo pararé.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

—Prométeme también que no volverás a ponerlo hasta después de los exámenes.

—Te lo prometo.

Jacques retiró los brazos de la ventana y dejó el tocadiscos en su sitio.

—Vamos, páralo —gruñó.

Nicole se acercó corriendo y paró el tocadiscos.

—Ya está, negrero —rezongó.

—¿Por qué me llamas negrero?

—Porque me tratas como si fuera tu esclava.

—Eso no es verdad.

—Me derribaste de un tremendo empujón, salvaje.

—Lo hice porque estaba furioso.

—Si llego a tener el trasero de porcelana... —masculló la muchacha, masajeándoselo por encima de la camiseta de rugby.

—¿Te hiciste daño, Nicole?

—Sí, bastante.

—Déjame ver.

La muchacha levantó la mano.

—¿A qué te doy una bofetada?

—¿Por qué?

—¿Crees que yo le enseño el pandero a todo el que me lo pide?

—Yo soy médico, Nicole.

—Todavía no.

—Bueno, pero me falta tan poco que...

—Aunque ya tuvieras el título, no dejaría que me examinases el trasero.

—¿Por qué?

—Porque me caes mal.

—Sé que no me he portado demasiado bien contigo, Nicole, pero deberías comprender mi situación.

—Yo lo único que sé es que anoche casi me arrancas un dedo y hoy me has propinado un gran batacazo.

—¿Cómo sigue tu precioso dedito?

—Ya se me ha deshinchado, pero todavía me duele.

—A ver...

Nicole se lo mostró.

Jacques le cogió la mano y posó sus labios en la deliciosa yemita del dedo supuestamente lastimado.

—¿Qué haces...? —exclamó la joven.

—Besarte el dedo, para que deje de dolerte.

Los labios de Nicole se distendieron en una picara sonrisa.

—¿Todo lo curas así, Jacques?

—Los golpes y las torceduras, sí.

—Me están entrando ganas de darme la vuelta y subirme la camiseta.

—Hazlo.

—Eso quisieras tú.

—Confieso que me gustaría, pero me alegro de que no lo hagas. Ya he perdido demasiado tiempo discutiendo contigo.

—¿Te vas, Jacques?

—Sí.

—¿A seguir durmiendo?

—No, no pienso volver a la cama. Me daré una ducha, tomaré algo y me pondré a estudiar.

—Procuraré no molestarte, aunque no te lo merezcas.

—Te lo agradeceré mucho, Nicole.

—¿Por qué no me lo agradeces por adelantado?

—¿Cómo?

—Dándome un beso.

—Confieso que lo había pensado, pero como te oí decir que te caigo mal...

—Y es verdad, me caes fatal. Pero deseo que me beses.

—Pues vas a ver cumplido tu deseo —sonrió Jacques, y la besó en los labios, después de abarcarla por la cintura.

Nicole cerró los ojos y colaboró en la caricia.

Tras, el beso, prolongado e intenso, Jacques preguntó:

—¿Te caigo ahora un poco mejor?

—Mucho peor que antes —respondió Nicole, pero se notaba a la legua que no era sincera.

Jacques volvió a besarla, ahora brevemente, y la soltó.

—Hasta la vista, preciosa. Y recuerda que prometiste no poner el tocadiscos hasta después de los exámenes.

—Descuida, no lo olvidaré —sonrió la joven.

Jacques salió del apartamento de la muchacha, cerró la puerta, y entró en el suyo. Fue directamente al cuarto de baño, se despojó del pantalón de pijama y se colocó debajo de la ducha.

Después de la ducha, muy rápida, Jacques se metió en la cocina y se preparó un desayuno fugaz, para ahorrar tiempo. Lo despachó y se puso a estudiar.

En el departamento de al lado no se oía nada.

Nicole había dicho que procuraría no molestar a Jacques y estaba cumpliendo su palabra.

El maravilloso silencio, sin embargo, fue roto apenas unos minutos después por un golpe de martillo, al que sucedieron otros, cada vez más fuertes.

Jacques, lógicamente, tuvo que interrumpir sus estudios.

Y puso una cara...

Estaba ya pensando en levantarse del sofá y volver al apartamento de Nicole, para llamarle la atención, cuando de repente cedió un trozo de pared y por el hueco se vio el rostro asustado de la muchacha.

También se vio un martillo.

El que ella estaba utilizando.

Jacques brincó del sofá y miró a su vecina de manera furibunda.

—¡Nicole! —tronó.

Ella se estremeció ante la potencia del grito.

—Lo siento mucho, Jacques. Yo solo trataba de poner un clavo en la pared, para colgar un cuadro...

—¿Y era necesario que dieras tan fuerte con el martillo?

—¿De veras le daba fuerte, Jacques?

—¡Como que te has cargado el tabique!

—Si hubiera sabido que era tan delgadito...

—¡No es delgadito, es normal!

—Te repito que lo siento, Jacques. Aunque, después de todo, puede resultar ventajoso tener un agujero en la pared...

—¿Tú crees?

—Bueno, por de pronto, si queremos algo el uno del otro, ya no será necesario salir al corredor y llamar a la puerta. Con asomar la cabeza por el agujero...

Jacques hizo rechinar sus dientes, de pura cólera.

—¿Sabes lo que estoy deseando meter yo por el agujero, Nicole?

—¿Qué, Jacques?

—Mis manos.

—¿Para qué?

—¡Para estrangularte! —rugió Jacques, y lo intentó.

Nicole dio un salto y se apartó de la pared.

—¡Cálmate, Jacques!

—¡Me van a suspender por tu culpa, maldita!

—¡Fue un accidente, Jacques! ¡Yo no hice el agujero a propósito!

—¡Me gustaría estar seguro de eso!

—¡Te doy mi palabra, Jacques!

CAPITULO VIII

El encolerizado Jacques estaba a punto de soltar un par de tacos, cuando llamaron a la puerta.

—¡Luego te ajustaré las cuentas, Nicole! —dijo, retirando las manos del agujero.

—¿Adónde vas, Jacques?

—¡A abrir! ¡Están llamando a mi puerta!

—¡Corre, que a lo mejor es el albañil!

La broma de Nicole enfureció aún más a Jacques.

—¡Cuando logre atrapar tu lindo gaznate lo voy a retorcer hasta que puedas contemplarte el trasero sin necesidad de espejo! —rugió, y trotó hacia la puerta, porque habían vuelto a llamar.

Al abrir, se encontró a dos hombres, altos y fornidos, con aspecto de policías.

—¿Qué desean, caballeros...? —preguntó Jacques, procurando serenarse.

El tipo de la izquierda, menos joven que el otro, extrajo su placa de policía y se la mostró a Jacques, diciendo:

—Soy el inspector Dutrónc y éste es el detective Vanel —señaló a su compañero.

—¿En qué puedo servirles, inspector?

—Josephine Poiret ha muerto.

Las palabras del inspector Dutrónc dejaron helado a Jacques Rodin.

—¿Qué Josephine...?

—Sí.

—Pero, sí ayer por la mañana estuvo aquí, en mi apartamento, y...

—Murió anoche.

—¿Cómo sucedió, inspector?

—La asesinaron.

—¿Qué...?

—En la casa de Claire Charnay, la mujer que la había empleado

ayer mismo para que se ocupara del pequeño Antoine, su sobrino.

Jacques se llevó las manos a las sienes y se las apretó con fuerza.

—Josephine asesinada... —murmuró, sin poderlo creer.

—Atrozmente asesinada.

Jacques Rodin clavó sus ojos en el rostro serio y grave del inspector Dutrónc.

—¿Cómo murió, inspector?

—La destrozaron literalmente. Con armas de fuego... y con fuego puro.

Jacques sintió un ramalazo de frío en la espalda.

—¿Quiere decir qué...?

El inspector Dutrónc asintió levemente con la cabeza.

—Quemaron su rostro, sus senos, su vientre, sus muslos...

—Dios mío, no... —se estremeció Jacques, cubriéndose los ojos con las manos.

—Es el crimen más horrible que se haya cometido jamás. Yo, al menos, nunca había visto nada igual. El cuerpo desnudo de la muchacha está irreconocible, de tanta herida y tanta quemadura.

Jacques retiró las manos de su rostro.

—¿Ha dicho desnudo, inspector...?

—Sí, los asesinos la dejaron sin ropa antes de empezar a torturarla.

—¿La violaron?

—No lo sabemos. Todavía no se le ha practicado la autopsia al cadáver. Su sexo, desde luego, tampoco se libró de las heridas y las quemaduras.

—Oh, Dios. Dios... —masculló Jacques, mordiéndose los puños con rabia.

—Cuando sucedió, Josephine Poiret se hallaba sola en la casa con el pequeño Antoine.

Claire Charnay había salido a cenar con Gerard Lenoux, un amigo suyo. Cuando regresaron, sobre las dos de la madrugada, descubrieron el espantoso crimen.

—¿El niño no sufrió ningún daño?

—No, a él no le hicieron nada los enmascarados.

—¿Enmascarados...?

—Sí, los tipos eran tres, y se cubrían el rostro con horribles máscaras, según contó el muchacho. El y Josephine ya se habían acostado. El niño se despertó al oír los gritos de la muchacha, y acudió a la habitación de ella. Fue entonces cuando descubrió a los tres hombres. Ya habían dejado desnuda a Josephine y la estaban torturando salvajemente.

El pequeño quedó paralizado por el horror. Uno de los tipos fue hacia él. Antoine se desmayó. Y así lo encontró su tía, tirado en el suelo, frente a la habitación de Josephine, desvanecido.

Jacques no hizo ningún comentario.

El inspector Dutrónc prosiguió:

—Claire Charnay nos avisó en seguida y acudimos rápidamente a su casa. Ella nos dijo quién era la víctima. Más tarde, acudimos al apartamento de Josephine Poiret. Allí encontramos una fotografía suya, Jacques, con una dedicatoria muy cariñosa. Y, en la agenda de Josephine, su nombre completo, Jacques Rodin, su dirección y su número de teléfono. Usted y Josephine eran buenos amigos, ¿verdad?

—Sí, muy buenos amigos —asintió Jacques.

—Antes dijo que ella estuvo aquí ayer por la mañana, ¿no?

—Así es.

—¿La encontró preocupada por algo?

—En principio, no. Josephine estaba contenta porque acababa de conseguir el empleo en casa de Claire Charnay. Iba a ganar cuatro mil francos al mes. Pocos días antes había sido despedida de los Almacenes Beguin.

—¿Por qué la despidieron?

Jacques informó al inspector Dutrónc.

Este rogó:

—Continúe, Jacques.

—Bueno, como le dije antes, inspector, Josephine estaba muy contenta por haber obtenido un nuevo empleo, mejor que el que tenía antes. Después, sin embargo, me confesó que se hallaba un poco preocupada por la forma de mirar del pequeño Antoine, por su manera de sonreír, por la fuerza y el calor de sus manos...

El inspector Dutronc y el detective Vanel cambiaron una mirada.

El primero rogó:

—Explíquenos eso, Jacques.

—Seguramente eran figuraciones de Josephine, pero el caso es que afirmaba que el pequeño Antoine miraba como un hombre, que tenía sonrisa de ligón, que estrechaba la mano con la fuerza de un adulto... ¡Ah!, y también su voz parecía de hombre.

—Sí, el muchacho tiene la voz oscura y un tanto ronca, pero su tía nos dijo que eso es de tanto como ha llorado el niño desde que perdió a sus padres —explicó Dutrónc—, En cuanto a su forma de mirar, yo no vi nada de extraño en ella. Y sonreír, como ya puede suponer, no sonrió ni una sola vez, después del horrible suceso.

—Claro.

—¿No tenía Josephine más preocupaciones que ésa, Jacques?

—Que yo sepa, no.

—Por la forma en que murió, sospechamos que se trataba de una venganza.

—¿Por qué iba nadie a querer vengarse de ella? Josephine era una chica estupenda, incapaz de hacer mal a persona alguna.

—También era bonita y poseía una espléndida figura, según dijo Claire Charnay, y nosotros pudimos comprobarlo más tarde en su apartamento, donde había varias fotos de ella, dos de ellas en bikini.

—¿Qué tiene eso que ver, inspector?

—Pues que alguien podía estar muy interesado en gozar de ese joven y armonioso cuerpo, que Josephine no ofrecía a cualquiera, según le demostró al encargado de los Almacenes Beguin. Y, ese alguien, furioso por la negativa de Josephine, decidió acabar con la muchacha, contando con la ayuda de un par de amigos.

Por la forma en que se ensañaron con su precioso cuerpo desnudo, no cabe pensar otra cosa.

—¿Sospecha usted del encargado de los Almacenes Beguin, inspector...?

—Es pronto para sospechar de nadie, pero desde luego interrogaremos al tipo. Intentó abusar de Josephine y ella le propinó una tremenda bofetada, rompiéndole las gafas y ganándose el despido. Esto último, el despido automático, ya me parece suficiente venganza. Pero quizá el tipo no se conformó con eso. En fin, ya

veremos cómo se explica cuando le interroguemos.

—¿Me tendrá usted al corriente de sus averiguaciones, inspector Dutrónc?

—Sí, no se preocupe —sonrió el policía, tendiendo su mano al joven—. Hasta pronto, Jacques.

—Adiós, inspector —estrechó Jacques la diestra de Dutrónc.

—Voy a hacerle una última pregunta, Jacques.

—¿Sí, inspector...?

—Cuando nos abrió la puerta parecía terriblemente acalorado.

—Lo estaba, inspector.

—¿Por qué motivo?

—Mi vecina quería poner un clavo en la pared, para colgar un cuadro, y casi tira el tabique. Hizo un agujero más grande que mí cabeza. Y yo sentí unos deseos de estrangularla...

El inspector Dutrónc y el detective Vanel rieron.

—No lo haga, Jacques, o tendré que encerrarle —bromeó el primero.

—Descuide, ya se me pasó el enfado —sonrió el joven.

Los dos policías se marcharon y Jacques cerró la puerta.

Al instante oyó la voz de Nicole Monnier.

—¡Jacques!

El futuro médico regresó al *living* y miró a su bella vecina por el agujero de la pared.

—No era el albañil —informó, con ironía.

Nicole se mordisqueó los labios.

—Lo sé, Jacques. Lo he oído todo.

—Entonces, no es necesario que te explique nada —rezongó el joven, tomando la cajetilla de «Gitanes» que tenía sobre la mesa del *living.*

Se puso un cigarrillo en los labios y se dispuso a prenderle fuego con su encendedor de gas.

—Enciéndeme uno a mí, Jacques —pidió Nicole.

Jacques se colocó otro cigarrillo en la boca y los encendió los dos, entregándole uno a la muchacha.

—Gracias.

—De nada.

—Siento mucho lo de tu amiga, Jacques.

—Yo también lo siento, pero eso no le sirve de nada a ella. Está muerta. Y tuvo una muerte espantosa.

—¿Cómo puede haber gente tan perversa y tan ruin en el mundo?

—No lo sé.

—¿La querías mucho?

—Sí, le tenía un gran afecto. Pasamos muy buenos ratos juntos, aunque últimamente nos veíamos poco, a causa de mis estudios. Josephine era una gran chica.

—Espero que la policía descubra y atrape pronto a sus asesinos, para que puedan recibir su merecido.

—Yo también, Nicole.

—Me parece que hoy no vas a poder concentrarte en tus estudios. Jacques. El recuerdo de Josephine...

—Sí, no voy a poder apartarla de mi pensamiento.

—Seguro que no.

—¿Sabes lo que voy a hacer, Nicole?

—¿Qué?

—Visitar a Claire Charnay. Quiero conocer al pequeño Antoine.

CAPITULO IX

Nicole Monnier, sin dudarlo un segundo, preguntó:

—¿Puedo ir contigo, Jacques?

—¿Tú...?

—Es domingo, no tengo nada que hacer.

—Pero...

—Por favor, Jacques, deja que te acompañe. Yo también siento deseos de conocer a ese extraño niño, ¿sabes?

—¿De veras?

—Sí, tengo curiosidad por saber si es cierto que mira como un hombre y tiene sonrisa de ligón.

Jacques Rodin dio una cabezada de asentimiento.

—De acuerdo, puedes venir conmigo.

—¡Acerca la cara, Jacques!

—¿Para qué?

—¡Acércala y lo verás!

Jacques obedeció.

Nicole le dio un beso en los labios y dijo:

—¿Ves como yo tenía razón, Jacques? Tener un agujero en la pared puede resultar muy ventajoso.

—Debería morderte esa nariz tan descarada que tienes.

—¿No te gustaría más morder otras cosas...?

—Sí, y puede que lo haga.

—Suponiendo que yo te deje.

—Coqueta.

—De nacimiento.

—Anda, corre a vestirte.

—De acuerdo. Pero no mires por el agujero, ¿eh?

—Lo mismo te digo.

Nicole rió y corrió hacia su dormitorio.

Jacques entró en el suyo.

Un par de minutos después, salía de él con los vaqueros y la camisa grana puestos. Se asomó por el agujeró de la pared y dijo:

—Yo estoy listo. Nicole.

—¡Yo también, Jacques! —respondió la muchacha, saliendo de su dormitorio.

Se había puesto un pantalón blanco y una liviana blusa azul.

—¿Te gusta mi atuendo, Jacques? —preguntó, dando una vuelta completa.

—Me gusta más lo que hay dentro.

—¡Pícaro! —rió Nicole.

—Anda, vámonos ya —apremió Jacques.

* * *

Casi media hora después. Jacques Rodin detenía su coche, un «Renault-5» adquirido de segunda mano, frente a la hermosa casa de Claire Charnay.

—Aquí es, Nicole —dijo, parando el motor.

—¿De quién será ese lujoso «Mercedes-Benz». Jacques? —preguntó Nicole Monnier, fijándose en el coche de Gerard Lenoux.

—Del amigo de Claire Charnay, tal vez —adivinó el joven.

Salieron los dos del «Renault-5» y caminaron hacia la casa.

—Qué jardín tan precioso, Jacques —observó Nicole, maravillada.

—Sí, es muy hermoso —asintió el joven, e hizo sonar el timbre.

Fue el apuesto y elegante Gerard Lenoux quien abrió la puerta.

—¿Qué desean? —preguntó, mirando con curiosidad a Jacques y Nicole.

—Usted debe de ser Gerard Lenoux. ¿Me equivoco? —preguntó a su vez Jacques.

—No, no se equivoca, joven. Soy Gerard Lenoux. ¿Quiénes son ustedes?

—Mi nombre es Jacques Rodin, y ella se llama Nicole Monnier.

—¿Qué es lo que quieren?

—Yo era un buen amigo de Josephine Poiret, señor Lenoux. El inspector Dutrónc vino esta mañana a mi apartamento y me informó de lo que ocurrió anoche en esta casa.

Gerard Lenoux se estremeció visiblemente.

—Fue horrible, Jacques.

—Lo sé.

—Una muchacha tan joven y tan bonita...

—Por la mañana estuvo en mi apartamento, después de haber conseguido el empleo.

Me habló de Claire Charnay y del pequeño Antoine.

—Para el niño fue terrible.

—El inspector Dutrónc dijo que no había sufrido ningún daño.

—Físico, no, porque los tipos que asesinaron a Josephine no llegaron a tocarle, pero tardará mucho en olvidar lo que vio anoche. Claire y yo también tardaremos en olvidarlo, pero nosotros somos adultos. Antoine es un niño de ocho años...

—Sé lo que quiere decir, señor Lenoux.

—Puede quedar marcado para toda la vida.

—Esperemos que no.

—¿Quieren ustedes hablar con Claire, Jacques?

—¿Cómo se encuentra ella, señor Lenoux?

—Profundamente afectada, como es natural, pero les recibirá, ya que usted era amigo de Josephine. Pasen, por favor.

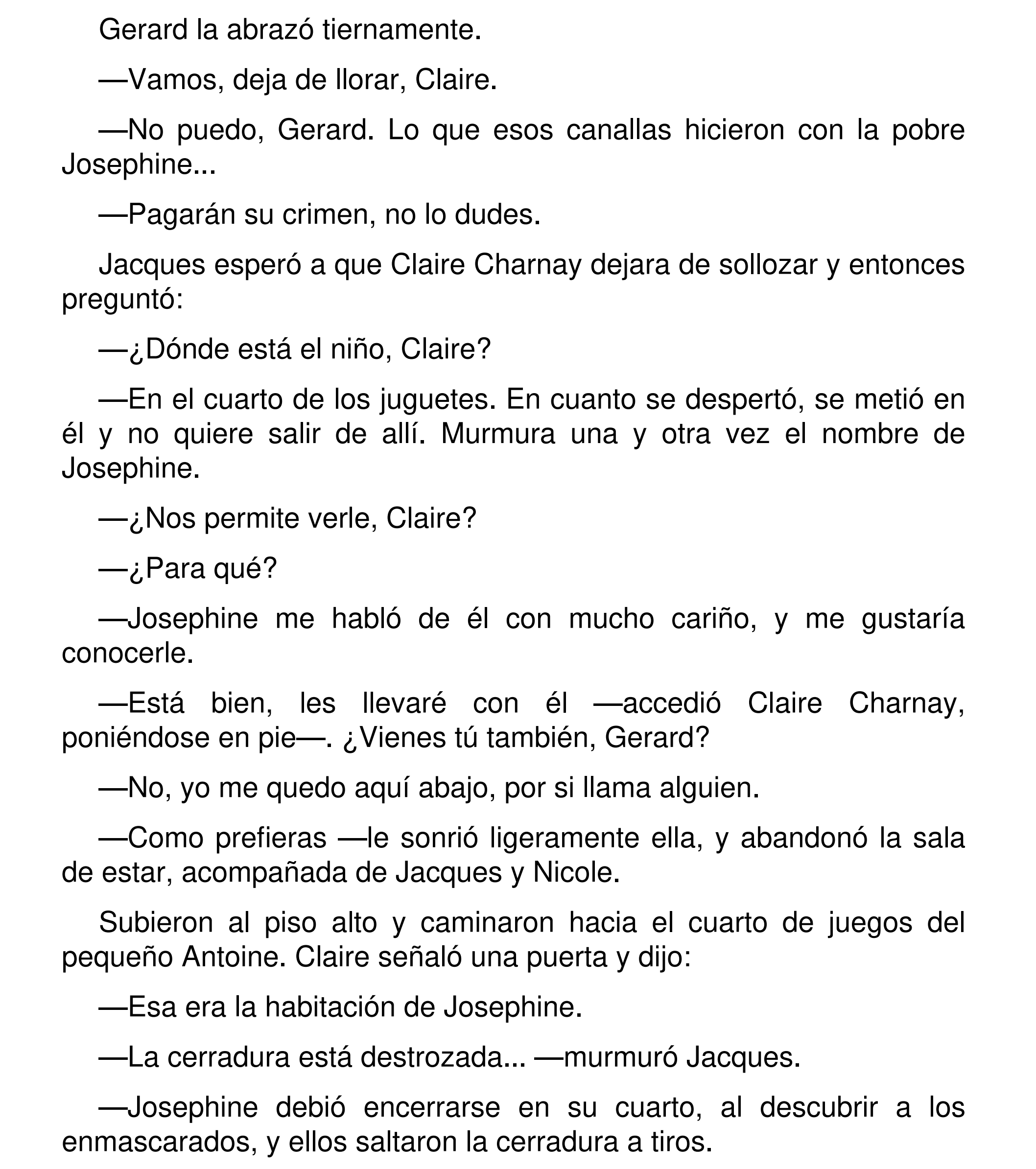
—Gracias.

Jacques y Nicole entraron en la casa.

Gerard Lenoux cerró la puerta y condujo a ambos jóvenes a presencia de Claire Charnay, que se hallaba en la sala de estar, sentada en el sofá.

Cuando Gerard le dijo que Jacques era amigo de la infortunada Josephine, Claire se echó a llorar.

—Josephine era una muchacha encantadora, emotiva, sentimental... Yo le tomé afecto en seguida. También Antoine se lo tomó. Le gustó en cuanto la vio. Se pasaron los dos toda la tarde en el cuarto de juegos de Antoine. El pequeño disfrutó mucho con Josephine, la va a echar de menos...



Gerard la abrazó tiernamente.

—Vamos, deja de llorar, Claire.

—No puedo, Gerard. Lo que esos canallas hicieron con la pobre Josephine...

—Pagarán su crimen, no lo dudes.

Jacques esperó a que Claire Charnay dejara de sollozar y entonces preguntó:

—¿Dónde está el niño, Claire?

—En el cuarto de los juguetes. En cuanto se despertó, se metió en él y no quiere salir de allí. Murmura una y otra vez el nombre de Josephine.

—¿Nos permite verle, Claire?

—¿Para qué?

—Josephine me habló de él con mucho cariño, y me gustaría conocerle.

—Está bien, les llevaré con él —accedió Claire Charnay, poniéndose en pie—. ¿Vienes tú también, Gerard?

—No, yo me quedo aquí abajo, por si llama alguien.

—Como prefieras —le sonrió ligeramente ella, y abandonó la sala de estar, acompañada de Jacques y Nicole.

Subieron al piso alto y caminaron hacia el cuarto de juegos del pequeño Antoine. Claire señaló una puerta y dijo:

—Esa era la habitación de Josephine.

—La cerradura está destrozada... —murmuró Jacques.

—Josephine debió encerrarse en su cuarto, al descubrir a los enmascarados, y ellos saltaron la cerradura a tiros.

—Más parece que la hicieron saltar con dinamita...

—Poco importa que fuera con una cosa u otra. El caso es que a Josephine no le sirvió de nada encerrarse en su habitación.

—¿Hay teléfono? —preguntó Jacques.

—Sí, dispone de un supletorio —respondió Claire.

—¿Por qué no lo utilizaría Josephine?

—No le daría tiempo.

Jacques no dijo nada más. Claire llamó a la puerta del cuarto de los

juguetes.

—¿Antoine...?

Su sobrino abrió la puerta, con la cara muy seria.

Jacques lo observó.

También Nicole.

Antoine los observó a ambos a su vez, pero en quien más se fijó fue en Nicole, a la que pareció desnudar con sus negros y brillantes ojos.

La extraña y penetrante mirada del niño puso nerviosa a Nicole, que buscó la mano de Jacques y la apretó.

Claire Charnay sonrió a su sobrino.

—Antoine, quiero presentarte a Jacques y Nicole. Jacques era amigo de Josephine.

Jacques soltó la mano de Nicole y tendió la suya al muchacho.

—Me alegro de conocerte, Antoine.

El pequeño alzó su mano y estrechó la de Jacques, en silencio.

El estudiante de Medicina quedó asombrado de la fuerza y el calor que tenía Antoine en sus manos. Josephine no había exagerado en ese aspecto, ni mucho menos.

El niño seguía mirando a Nicole.

De pronto, le sonrió.

—Jacques... —musitó la muchacha, al comprobar que, efectivamente, el pequeño Antoine tenía sonrisa de ligón.

Jacques también se había dado cuenta de ello, y se hallaba realmente desconcertado.

Antoine soltó la mano del futuro médico y ofreció; la suya a la turbada muchacha.

—¿Cómo estás, Nicole? —preguntó, con su voz de hombre.

Esto último aún puso más nerviosa a Nicole Monnier, pero estrechó la manita del extraño niño.

Huelga decir que también ella quedó muy impresionada por la energía y el calor de las pequeñas y delgadas manos de Antoine.

—Eres muy guapa, Nicole —piropeó el niño.

—Muchas gracias —sonrió nerviosamente la joven.

—Josephine también lo era.

—Sí, ya lo sé.

—Josephine ha muerto, ya no podrá jugar conmigo —se entristeció Antoine.

Claire le pasó la mano por el pelo, con mucho cariño.

—Encontraremos otra señorita que sea de tu agrado y quiera ocuparse de ti, Antoine.

—Nicole es de mi agrado. Que se ocupe ella de mí.

Claire, Jacques y Nicole se miraron entre sí.

Antoine preguntó:

—¿Quieres ocuparte de mí, Nicole?

—Bueno, me gustaría mucho, pero... —balbuceó la joven, cada vez más nerviosa.

—No puede, ¿verdad? —preguntó Claire.

—No, ya tengo trabajo. Lo siento de veras.

Claire Charnay acarició de nuevo la cabecita de su sobrino.

—Ya lo has oído, Antoine. Nicole tiene empleo.

—Pues que lo deje.

—No puede hacer eso, compréndelo.

—¿Por qué no? Si tú le pagas más, lo dejará y se ocupará de mí.

Claire miró a Nicole.

—¿Qué responde?

—Que lo pensaré —sonrió la joven.

—Si decide ocuparse de Antoine, no se arrepentirá. Le pagaré lo que me pida, Nicole.

—Gracias, Claire. Ya le daré mi respuesta.

—Tienes muchos juguetes, Antoine —dijo Jacques—. ¿Nos dejas verlos?

—Claro —sonrió el muchacho.

Jacques, Nicole y Claire entraron en el cuarto.

El futuro médico se puso en cuclillas y tomó el tanque en sus manos.

—Qué bien hecho está. Parece de verdad. Incluso huele a pólvora.

—Sólo dispara bombas de plástico —dijo Antoine.

—Ya lo supongo —sonrió Jacques, dejando el tanque en el suelo y tomando el soldado americano.

—La metralleta no dispara nada, sólo hace ruido —explicó el niño.

—¿Y qué hace éste? —Jacques tomó ahora el soldado alemán.

—Despide luz por el lanzallamas, como si fuera fuego de verdad.

—Eso es magnífico, Antoine.

Jacques. Nicole y Claire permanecieron algunos minutos más en el cuarto de juegos de Antoine.

Cuando se marcharon, dejando solo al niño, éste reunió sus juguetes bélicos y, con una siniestra sonrisa en los labios, dijo:

—Tengo una nueva misión para vosotros, amigos.

CAPITULO X

Gerard Lenoux pasó todo el día en casa de Claire Charnay.

Habían cenado ya, y Claire estaba con Antoine, en la habitación de éste, poniéndole el pijama.

En la sala de estar, cómodamente sentado en el sofá y con un excelente cigarro entre los dedos, Gerard aguardaba el regreso de Claire.

Después de acostar a su sobrino, Claire fue a su habitación y se desvistió, conservando sólo las negras braguitas dé encaje. Se enfundó la bata y fue a reunirse con Gerard.

Este se puso en pie al verla entrar.

—¿Se ha dormido ya Antoine? —preguntó.

— Sí.

—Menos mal —sonrió Gerard, tomándola por los hombros y besándola en los labios.

Claire lo miró a los ojos.

—Sigue sin caerte bien el muchacho, ¿verdad?

—¿Por qué me dices eso?

—Hace tiempo que me he dado cuenta de que no lo miras con excesiva simpatía.

—Figuraciones tuyas, cariño —aseguró Gerard, y la besó de nuevo.

Claire no quiso insistir y se sentó en el sofá.

Gerard la imitó, dejó el cigarro en el cenicero y la rodeó con sus brazos, atrayéndola hacia sí.

—Claire, mi vida...

Ella le puso las manos en el pecho y le frenó.

—Esta noche no, Gerard.

—¿Por qué?

—No me siento con ánimos, estoy muy deprimida.

—Lo sé, y trato de levantar ese ánimo tan decaído.

—Por favor, Gerard...

—Déjame y verás cómo lo consigo —insistió él, y empezó a besarle todo el rostro, las orejas, el cuello.

—No, Gerard, no... —protestó Claire, pero muy débilmente.

—Te amo, te quiero, te adoro.

Claire cerró los ojos y se abandonó totalmente a los besos y las caricias de Gerard, que había deslizado sus manos por la abertura de la bata y tomado los amplios senos femeninos, oprimiéndolos con avidez.

—Oh, Gerard, Gerard... —gimió de placer la tía de Antoine, y empezó a devolver los besos que recibía de su amante.

Gerard, sin dejar de besarla y de acariciarla, le soltó el cinturón y le abrió la bata de par en par. Entonces, la empujó suavemente y la hizo caer de espaldas en el sofá, quedando él sobre ella.

Claire permitió que Gerard se lo besara y se lo estrujara todo, sintiendo crecer su excitación por momentos.

Gerard, muy excitado también, se dispuso a tirar del negro pantaloncito de encaje, único obstáculo que le impedía poseer a la mujer que tanto le gustaba.

En aquel preciso instante, sin embargo, Gerard y Claire escucharon un ruido que ya les era familiar a los dos, por haberlo oído cientos de veces.

Eran los juguetes mecánicos de Antoine.

Gerard y Claire respingaron a dúo, porque ello significaba que el muchacho no se hallaba en su cama, dormido, sino allí abajo, muy cerca de la puerta de la sala de estar, y podía sorprenderles el uno encima del otro, abrazados, Claire con casi todo al aire.

La pelirroja empujó a su amante.

—¡Aparta, Gerard!

Gerard Lenoux se irguió con rapidez, la cara roja de excitación.

Una excitación que, por el momento, no iba a poder aplacar debidamente, por culpa de la inoportuna aparición del pequeño Antoine, a quien maldijo con el pensamiento por ello y porque era cierto que le caía mal.

Claire también se irguió de golpe, al tiempo que se cerraba la bata, cubriendo sus senos y sus piernas. Su rostro aún se hallaba más arrebolado por la pasión que el de Gerard.

Miraron los dos hacia la puerta.

Por ella empezaron a entrar los juguetes bélicos de Antoine, en correcta formación.

Abría la marcha el tanque.

Tras él, avanzaba el soldado americano, con su metralleta presta.

Después venía el soldado alemán, con su lanzallamas.

En último lugar entró el extraño vehículo espacial.

Claire y Gerard, perplejos, no acertaban a decir nada.

Tras el vehículo espacial, apareció Antoine, cubierto con su pijama y descalzo. Se detuvo allí, en la misma puerta, y miró fijamente a su tía y al amante de ella, mientras los juguetes asesinos seguían avanzando lentamente hacia el sofá.

A Gerard Lenoux nunca le había gustado la forma de mirar del pequeño Antoine Delubac, pero en esta ocasión aún le gustó menos.

Sus negros ojos de adulto brillaban peligrosamente.

Amenazadoramente.

Gerard sintió un poco de miedo.

Le parecía ridículo tener miedo de un niño de ocho años, pero la verdad es que lo tenía.

Claire Charnay no sentía miedo, pero sí se hallaba sorprendida y preocupada.

—¿Qué te ocurre, Antoine...? ¿Por qué te has levantado de la cama? ¿Por qué has bajado con tus juguetes? ¿Y por qué pones esa cara tan rara?

—Se acabó, tía Claire —dijo el niño, con una frialdad que ponía los pelos de punta.

—¿El qué, Antoine?

—Gerard no volverá a besar y acariciar tu cuerpo desnudo.

—¡Antoine...! —exclamó Claire, brincando del sofá.

—No me gusta que te toque.

—¡Gerard no me toca!

—No mientas, tía Claire. Os he visto. Esta noche y otras muchas noches.

—Dios mío, Gerard... —gimió ahogadamente Claire, cogiendo la mano de su amante.

Gerard Lenoux se levantó también del sofá.

—Deberías darle unos cuantos azotes, Claire. Está muy feo que un niño espíe a los mayores.

—Lo habrá visto todo. Gerard. *¡Todo...!*

—Por eso pienso que se merece una buena tunda.

Antoine sonrió burlonamente.

—¿Por qué no me la das tú, Gerard...?

—Lo haré con mucho gusto, si tu tía me autoriza —masculló Lenoux.

—No, Gerard —rogó Claire.

Antoine rió.

—Autorízale, tía Claire. Aunque lo intente, no podrá llegar hasta mí. Mis juguetes bélicos me protegen. Ellos darán su merecido a ese hijo de perra de Gerard.

—¡Antoine...! —exclamó Claire, escandalizada.

—¡Me ha llamado hijo de perra. Claire! —rugió Gerard.

—¡Ya lo he oído!

—¡No lo puedo consentir, por muy sobrino tuyo que sea! ¡Yo enseñaré a ese mocoso a...!

Gerard Lenoux no pudo seguir hablando, porque el tanque efectuó un disparo y la pequeña bomba estalló en su rodilla derecha, ocasionándole un terrible dolor.

Gerard lanzó un aullido desgarrador y cayó al suelo.

—¡Gerard...! —chilló Claire, con ojos espantados, pues veía fluir la sangre de la destrozada rodilla de su amante, que él se agarraba con las dos manos, sin dejar de gemir.

El pequeño Antoine sonrió.

—Te dije que mis juguetes bélicos me protegerían, tía Claire.

Claire Charnay miró los juguetes, horrorizada.

Gerard Lenoux también los miró, no menos horrorizado.

—¡El tanque dispara de verdad, Claire...! —gritó.

—¡No es posible, Gerard! ¡Debe tratarse de una pesadilla!

El soldado americano, para demostrar que no se trataba de ninguna pesadilla, soltó una ráfaga con su metralleta.

Las minúsculas balas picotearon el rostro de Gerard, que aulló de nuevo y se llevó las manos allí, cuando ya la cara se le estaba llenando de sangre.

Y el ojo izquierdo, pues algunos de los diminutos proyectiles le habían alcanzado de lleno en él, dejándolo ciego instantáneamente.

Gerard Lenoux se revolcaba por el suelo, porque el dolor que sentía en el destrozado órgano visual era realmente insufrible.

Desgraciadamente para él, aquello era sólo el principio.

Un pequeño anticipo de lo que iba a sufrir.

Claire Charnay no sabía qué hacer.

Miraba a Gerard.

Miraba a su sobrino.

Miraba los juguetes asesinos.

No comprendía nada.

Antoine, por el momento, no le dio ninguna explicación.

Siguió controlando mentalmente sus juguetes bélicos.

Ordenándoles la muerte del amante de su tía.

Su total destrucción.

Y los juguetes, claro, obedecieron.

El tanque efectuó un segundo disparo y alcanzó en el hombro a Gerard Lenoux, arrancándole otro largo aullido.

El vehículo espacial soltó dos chorros de fuego consecutivos y la camisa de Gerard comenzó a arder y él a chillar, al sentir la voraz mordedura de las llamas en su pecho.

El soldado alemán colaboró en tal menester con el vehículo espacial, haciendo funcionar su lanzallamas.

El pantalón de Gerard también ardió, abrasándole las piernas.

El tanque seguía disparando.

Y el soldado americano.

Gerard Lenoux estaba irremisiblemente perdido.

CAPITULO XI

Nicole Monnier se acercó silenciosamente al agujero que ella causara en la pared, cuando intentaba meter un clavo para colgar un cuadro, y asomó la cabeza.

Vio a Jacques Rodin.

El joven se hallaba sentado en el sofá y tenía un libro en las manos, pero no le prestaba ninguna atención. Su mirada estaba perdida. Su pensamiento, muy lejos de allí.

—Jacques... —lo llamó quedamente la muchacha.

El estudiante de Medicina respingó ligeramente y volvió la cabeza.

—Hola, Nicole.

—Me he atrevido a llamarte porque vi que no tenías los ojos fijos en el libro.

—Intento concentrarme en el estudio, pero no puedo.

—¿Piensas en Josephine?

—Sí, pienso en ella. Y también en el pequeño Antoine.

—Yo también pienso mucho en él, Jacques.

—Es tal como Josephine lo describió.

—¿Quieres que pase y hablemos un poco?

—Tengo que estudiar, Nicole.

—Sí, pero no puedes. Charlar unos minutos y fumarte un cigarrillo conmigo te sentará bien, ya lo verás.

—Es posible que tengas razón.

—¿Paso, entonces...?

—Sí, anda.

—¡Voy volando!

Jacques dejó el libro, de texto sobre la mesa, sé levantó del sofá y fue hacia la puerta.

Cuando abrió. Nicole ya le estaba esperando, luciendo su camiseta de rugby.

—Adelante, preciosa.

—Gracias, precioso.

—No seas descarada.

—¡Eh!, ¿por qué me llamas descarada?

—Por lo de precioso.

—¿No me has llamado preciosa tú a mí?

—Yo soy un hombre.

—Y yo una mujer.

—Las mujeres no suelen llamar preciosos a los hombres.

—Pero los hombres a las mujeres sí suelen llamarlas preciosas, ¿verdad?

—Sí.

—Pues no me parece justo.

—Bueno, no quiero discutir. Llámame Jacques y en paz.

—Muy bien, precioso.

Jacques apretó los dientes.

—Nicole...

La muchacha apoyó sus manos, en los hombros de él, se puso de puntillas, y le dio un dulce beso en los labios.

—¿Decías, Jacques...?

—Contigo no se puede —suspiró él, cercando el talle femenino con sus brazos, apretadamente.

Esta vez, fue Jacques quien besó a Nicole.

Largamente.

Una de las manos de Jacques descendió hasta las firmes nalgas de la muchacha y las oprimió.

Nicole interrumpió el beso y lo miró a los ojos.

—¿Quién es ahora el descarado, Jacques?

—Sólo quiero asegurarme de que ya no te duele el trasero.

—¿Por qué no me lo preguntaste?

—No hubieras podido responderme, mi boca estaba pegada a la tuya.

—Mucha cara, compañero.

—Está bien, si te disgusta que...

—¿He dicho yo que me disguste?

—No.

—Pues vuelve a poner la mano donde estaba.

—A la orden —sonrió Jacques, aprisionando de nuevo las prietas nalgas femeninas.

—Bésame, carota —pidió Nicole.

Jacques la besó.

Nicole notó que la camiseta de rugby se le iba para arriba y al instante sintió el contacto directo de la mano masculina en su esbelto trasero, que el breve pantaloncito blanco dejaba muy al descubierto.

Separó su boca de la del pícaro estudiante de medicina y dijo:

—Así no habíamos quedado, Jacques.

—¿No?

—No, señor.

—Bueno, creo recordar que tú me pediste que volviera a poner la mano...

—Donde estaba antes.

—Pues ahí está.

—Antes estaba sobre la camiseta.

—¿Y ahora no?

—¿A ti qué te parece?

—A ver que tacte...

—La cara te voy a tactar yo a ti, pero va a ser de una bofetada.

Jacques se apresuró a bajarle la camiseta.

—Disculpa, Nicole. No volverá a suceder.

—Oh, entonces me marcho —repuso maliciosamente la joven.

Jacques rompió a reír.

—Eres terrible, Nicole.

—Vamos a sentarnos en el sofá —rió también la muchacha, cogiéndolo del brazo y tirando de él.

Se sentaron en el sofá.

Nicole cruzó sus bonitas piernas, que la camiseta de rugby le

permitía exhibir totalmente, y dijo:

—¿Qué hay de ese cigarrillo que me prometiste?

Jacques encendió dos y le pasó uno.

—Eres un encanto —le sonrió ella.

—Tú sí que lo eres —repuso él, posando su mano sobre el muslo femenino que permanecía sobre el otro, y comenzó a acariciarlo con suavidad.

Nicole no protestó,

—¿Mantenías relaciones íntimas con Josephine, Jacques? —preguntó de pronto.

—Sí, aunque no muy a menudo.

—¿No la amabas?

—Me gustaba, me sentía a gusto en su compañía, y le tenía un gran afecto, creo que ya te lo dije. Pero no estaba enamorado de ella.

—¿Y ella de ti?

—No lo sé.

—¿Has estado enamorado de alguna otra chica?

—No, nunca, ¿Y tú, Nicole...?

—¿Tengo cara de lesbiana?

Jacques rió.

—Desde luego que no. Quería decir que si has estado enamorada de un chico alguna vez.

—Lo sé, tonto. Era sólo una broma.

—¿Y esto de ahora qué es una evasiva?

—No, iba a responderte ya. No he estado nunca enamorada. Me han gustado algunos chicos, pero no he llegado a sentir nada serio por ninguno. Y me preocupa, porque no quisiera convertirme en una solterona.

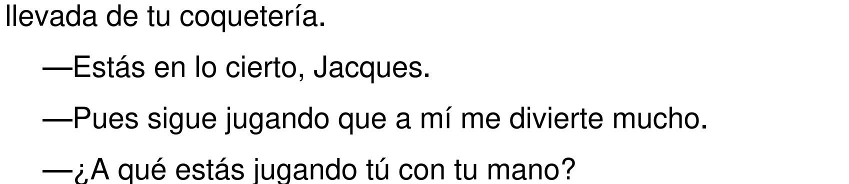
—Eres muy joven para pensar en eso.

—Tú me gustas, Jacques.

—También tú me gustas a mí, Nicole.

—¿No me encuentras demasiado fresca?

—Sospecho que en el fondo no lo eres, que sólo juegas a serlo,



llevada de tu coquetería.

—Estás en lo cierto, Jacques.

—Pues sigue jugando que a mí me divierte mucho.

—¿A qué estás jugando tú con tu mano?

—¿Qué le pasa a mi mano?

—Que cada vez se va más para arriba. Ya casi la siento en mi cadera.

Jacques la hizo bajar.

—Me gusta acariciarte, Nicole.

—Y a mí que me acaricies —confesó ella, sonriéndole cálidamente.

Jacques se dijo que una sonrisa como aquélla se merecía un beso.

Y se lo dio.

CAPITULO XII

El horror de Claire Charnay no tenía límites.

Se decía que no, que aquello no podía ser verdad, que lo que sus desorbitados ojos estaban presenciando no era un hecho real, que todo era fruto de su imaginación, de sus nervios, alterados desde la noche pasada, cuando descubriera el cuerpo desnudo de

Josephine Poiret, horriblemente destrozado y abrasado.

Así, horriblemente destrozado y abrasado, se hallaba también el cuerpo de Gerard Lenoux. Sus ropas habían ardido por completo, quemándole la carne, conviniendo su cuerpo en una pura llaga.

Gerard ya no aullaba ni se retorcía de dolor.

El espantoso sufrimiento había provocado su desvanecimiento, y así, inconsciente, le llegó la muerte, porque el tanque siguió disparando sus pequeñas pero terribles bombas, el soldado americano ráfagas de metralleta, picoteando todo el cuerpo de la víctima con sus diminutas balas, el soldado alemán no dejaba de accionar su lanzallamas, y el vehículo espacial continuaba soltando chorros de fuego.

Cuando el diabólico Antoine Delubac vio que Gerard Lenoux había quedado convertido en un despojo, en una verdadera piltrafa humana, absolutamente irreconocible, ordenó mentalmente a sus juguetes bélicos que dejasen de disparar.

El tanque, el vehículo espacial, el soldado americano y el soldado alemán obedecieron al instante, y el silencio más absoluto se apoderó de la estancia, impregnada de olor a pólvora y a carne quemada, de dolor a muerte.

El pequeño Antoine miró a su tía.

Claire Charnay seguía de pie, aunque las piernas le temblaban tanto que parecía que iban a fallarle de un momento a otro. En realidad, todo su cuerpo temblaba, y su cara estaba tan blanca como la de un muerto.

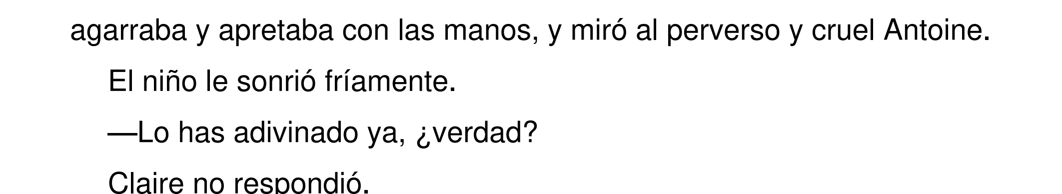
Miraba fijamente a Gerard Lenoux.

Lo que quedaba de él, más bien.

De pronto, oyó la voz de adulto de su sobrino.

—Tía Claire.

La horrorizada pelirroja movió lentamente la cabeza, que ella se



agarraba y apretaba con las manos, y miró al perverso y cruel Antoine.

El niño le sonrió fríamente.

—Lo has adivinado ya, ¿verdad?

Claire no respondió.

Antoine confesó:

—Yo asesiné a Josephine, tía Claire, con mis juguetes bélicos. Lo de los tres hombres enmascarados fue pura invención.

El horror de Claire Charnay se acentuó.

—¿Por qué... por qué lo hiciste, pequeño monstruo...? —preguntó, sin apenas voz.

—Me rechazó.

—¿Que te rechazó...?

—Sí, no quiso acostarse conmigo, para que yo pudiera besar y acariciar su cuerpo desnudo, como Gerard hacía con el tuyo.

—Antoine... —musitó Claire, atónita.

—Soy un niño, tía Claire, pero hay algo dentro de mí que me hace sentir como un hombre. Es una fuerza extraña, que me domina. Empecé a sentirla a los pocos días de hablarle al demonio.

—¿De hablarle a quién...? —se estremeció la pelirroja.

—Al demonio, tía Claire. Le hablo todas las noches. Es mi amigo, y él me da poderes.

Puedo poner en movimiento mis juguetes con sólo mirarlos, y se detienen cuando yo se lo ordeno. Y los juguetes bélicos disparan de verdad, si yo quiero.

Claire Charnay se estremeció más profundamente que antes.

—¡Estás poseído por el demonio, Antoine!

—Sí, y no lo lamento.

—¡No sabes lo que dices! ¡Estar poseído por el diablo es lo más terrible del mundo! ¡El te ha impulsado a asesinar a Josephine y a Gerard!

—Josephine murió por tonta. Le gustaba que yo la besara y la acariciara, pero se negó a acostarse conmigo. En cuanto a Gerard, ha muerto porque yo estaba harto de él. Sé que no le era simpático, que me toleraba porque no tenía más remedio. Tampoco él me era simpático a mí, y me irritaba ver que tú le mostrabas los pechos para

que él los besara y los acariciara. En esos momentos sentía celos de Gerard. Unos celos terribles. Ahora ya no volveré a sentirlos, porque está muerto.

—¿Vas a matarme a mí también, Antoine? —temió Claire.

—No quisiera tener que hacerlo, tía Claire, porque te quiero y te necesito, pero de ti depende. Si haces todo lo que yo te diga, no te causaré ningún daño. Pero, si le dices a la policía que yo asesiné a Josephine y a Gerard, mi poder caerá sobre ti y sufrirás la más horrible de las muertes.

Una oleada de frío estremeció el cuerpo de Claire Charnay.

—No diré nada, Antoine, te lo juro.

—Bien —sonrió el niño.

—¿Cómo vamos a explicar la muerte de Gerard?

—Le diremos a la policía que volvieron los tres enmascarados.

—¿Sólo para asesinar a Gerard...?

—Y para violarte a ti.

—Si les digo que me violaron, querrán que me examine un médico, para ver si me causaron alguna lesión...

—Pues te niegas y en paz. No pueden obligarte.

—¿Y qué pasará después?

—¿Después de qué?

—De que la policía se haya marchado.

—Nos iremos a dormir.

—¿Cada uno en su cama?

—Juntos.

—Antoine...

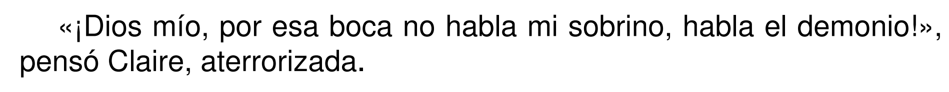
—Juntos, tía Claire —repitió el niño.

—Lo que tú digas.

—Llama a la policía.

—Sí.

—Pero, antes, revuélvete el cabello, desgárrate un poco la bata, y arráncate el pantaloncito, para dar mayor veracidad a tu historia —indicó Antoine.


«¡Dios mío, por esa boca no habla mi sobrino, habla el demonio!», pensó Claire, aterrorizada.

—Hazlo, tía Claire —apremió el muchacho.

—Si —musitó ella.

Se revolvió el pelo, le hizo unos cuantos desgarros a la bata, y después se sacó las finas braguitas de encaje, de espaldas a su sobrino.

—Rómpelas —ordenó Antoine.

Claire las hizo pedazos.

—Muy bien. Ya puedes llamar a la policía —indicó Antoine.

Claire descolgó el teléfono y marcó un número.

—¿Inspector Dutrónc...?

* * *

Nicole Monnier pellizcó la oreja de Jacques Rodin.

—Jacques...

—¿Qué?

—Me haces muy poco caso.

—Perdona, estaba distraído.

—Está claro que he fracasado.

—¿A qué te refieres?

—Vine con el propósito de aliviarte de tus preocupaciones, pero no lo he conseguido.

Unos besos, unos apretoncitos en el trasero, y algunas caricias en las piernas, eso es lo único que he logrado de ti.

—¿Esperabas lograr más?

—Mucho más.

—Vuelves a jugar a ser una chica fresca, ¿eh?

—Te equivocas, en este momento no estoy jugando a nada. Digo lo que siento, Jacques.

—Tendrás que disculparme, Nicole, pero mi mente está más en la casa de Claire Charnay que aquí.

—Ya lo sé.

—El pequeño Antoine no parecía demasiado afectado por la muerte de Josephine.

—Desde luego que no.

—¿Lo encuentras lógico, Nicole?

—No.

—Yo tampoco. Ni eso, ni que el tanque de juguete oliese a pólvora.

—¿De veras olía a pólvora, Jacques...?

—Sí. Y la metralleta del soldado americano, también. Y la boca del lanzallamas del soldado alemán parecía quemada. También los cañones del vehículo espacial. Como si hubiesen disparado fuego de verdad, en vez de luz.

—Pero eso no es posible, Jacques...

—Ya sé que no. A menos que se trate de armas auténticas, hechas en forma de juguete.

—Si fuesen armas auténticas, no estarían en manos de un niño de ocho años, Jacques.

¿Cómo hubiera podido conseguirlas?

—No lo sé, Nicole. Pero el caso es que Josephine fue asesinada con armas de fuego... y con fuego puro, el inspector Dutrónc lo dijo. Las armas de fuego podrían ser el tanque y la metralleta del soldado americano; el fuego puro, el lanzallamas del soldado alemán y el extraño vehículo espacial.

La muchacha se estremeció.

—¿Adónde quieres ir a parar, Jacques?

—Ni yo mismo lo sé. Pero sí te diré lo que voy a hacer, Nicole. Voy a volver a la casa de Claire Charnay.

—¿Ahora...? —respingó la joven.

—Sí. Quiero revisar minuciosamente los juguetes bélicos del pequeño Antoine y asegurarme de que son sólo eso, juguetes. Si no salgo de dudas, no podré pegar un ojo en toda la noche.

—Te acompañaré, Jacques.

—No, prefiero que te quedes, Nicole.

—¿Por qué?

—Si los juguetes bélicos de Antoine resultaran ser armas

auténticas...

—No creo que lo sean, Jacques. De todos modos, insisto en acompañarte. Si existe algún peligro en esa casa, lo correremos juntos.

—Nicole...

La muchacha le dio un beso y le impidió hablar.

—Corro a vestirme, Jacques —dijo, brincando seguidamente del sofá y pegándose una carrerita hacia la puerta.

CAPITULO XIII

Justo en el instante en que Claire Charnay preguntaba por el inspector Dutrónc, sonó el timbre de la puerta.

La pelirroja dio un fuerte respingo.

—¡Están llamando, Antoine! —exclamó, cubriendo el micro del teléfono con la mano.

—¡Cuelga! —ordenó el muchacho, con claro gesto de contrariedad.

Claire obedeció.

Antoine corrió hacia sus juguetes bélicos, los tomó precipitadamente, y los ocultó debajo del sofá.

—¿Quién será, Antoine...?

—La policía, seguramente.

—Dios mío...

—¿Por qué te asustas, tía Claire? ¿Acaso no íbamos a avisarla nosotros?

—Sí, pero...

—Vamos a abrir. Y llora un poco, por favor. Se supone que has sido violada por tres hombres y tienes un disgusto tremendo. Por eso, y por la muerte de Gerard.

—El pánico me impide llorar, Antoine.

—Yo arreglaré eso —rezongó el niño, subiéndose al sofá.

Antes de que Claire pudiera hacer nada por impedirlo, su sobrino le metió los dedos en los ojos, violentamente.

La pelirroja no pudo reprimir un grito de dolor y se llevó las manos a los ojos.

Antoine se las agarró y la obligó a retirarlas.

Claire tenía los ojos apretadamente cerrados, pero ello no impedía que gruesos lagrimones escapasen por entre sus párpados.

—¡Abre los ojos, tía Claire!

—¡No puedo, me escuecen terriblemente!

Antoine le dio un par de bofetadas, fuertes y sonoras.

—¡Que abras los ojos te digo!

Claire, esta vez, se apresuró a obedecer.

Al despegar los párpados, las lágrimas brotaron con más facilidad de sus enrojecidos ojos.

Antoine sonrió, satisfecho.

—¿No te dije que yo lo arreglaría, tía Claire?

Ella no dijo nada.

Antoine saltó del sofá y la cogió de la mano.

—Vamos a abrir, tía Claire.

Salieron de la sala de estar y alcanzaron la puerta.

Claire abrió, y tanto ella como su sobrino se quedaron bastante sorprendidos al ver que no se trataba del inspector Dutrónc y sus hombres, sino de Jacques Rodin y Nicole Monnier.

Jacques y Nicole también se sorprendieron lo suyo al observar que Claire Charnay tenía el rostro bañado en lágrimas, el cabello revuelto, la bata desgarrada...

Jacques la cogió por los hombros.

—¿Qué le ha ocurrido, Claire...?

Ella fue a responder, pero el zorro de su sobrino se le anticipó.

—Volvieron los enmascarados, Jacques.

—¿Qué...?

—Los hombres que asesinaron a Josephine. Volvieron esta noche y asesinaron a Gerard Lenoux. Después, abusaron de tía Claire. Yo lo vi todo. Jacques.

Jacques y Nicole se quedaron helados.

El primero murmuró:

—¿Es eso cierto, Claire?

La pelirroja asintió con la cabeza.

—Sí, Jacques. Gerard yace en la sala de estar, muerto, destrozado... Iba a informar al inspector Dutrónc de lo sucedido, cuando ustedes llamaron. Colgué el teléfono y corrí a abrir, pensando que se trataba del inspector Dutrónc.

—Yo me ocuparé de eso. Claire, no se preocupe. ¿Cómo se encuentra usted?

—Bien, dentro de lo que cabe. Los tipos se limitaron a violarme, no

me ocasionaron heridas ni me propinaron golpes.

—¿No ofreció usted resistencia —se extrañó Jacques.

—No, ninguna. Me sentía tan aterrorizada...

—Comprendo.

Antoine intervino de nuevo:

—Los enmascarados dijeron a tía Claire que si no ofrecía resistencia, a ella y a mí no nos matarían. Y cumplieron su palabra. Sólo mataron a Gerard.

—Vamos adentro —dijo Jacques, penetrando en la casa.

Nicole entró tras él y cerró la puerta.

Fueron todos a la sala de estar.

La visión del cuerpo destrozado y abrasado de Gerard Lenoux llenó de horror a Jacques y Nicole.

—¡Qué espanto, Señor! —gimió la muchacha, cubriéndose el rostro con las manos.

Jacques sintió deseos de hacer lo mismo, pero venció su horror y siguió mirando el cadáver de Gerard Lenoux observando con atención cada herida, cada quemadura, mientras sus orificios nasales captaron el olor a pólvora y a carne abrasada.

—¿Con qué le causaron las quemaduras, Claire? —preguntó.

—Con un soplete —respondió Antoine, anticipándose a su tía, pues temía que ella no supiera qué contestar o lo hiciera de manera poco conveniente.

Jacques clavó sus ojos en el niño.

—Con un soplete, ¿eh?

—Sí.

—Y tú viste cómo le aplicaban la llama por todo el cuerpo...

—Sí.

—Y cómo acababan con su vida...

—Sí.

—Y cómo abusaban después de tu tía...

—Sí.

—Y no te desmayaste...

—No.

—Anoche sí te desmayaste, Antoine.

—Sí.

—¿Cómo pudiste soportar esta noche tanto horror?

—No lo sé.

—¿Sabes que no pareces muy impresionado, Antoine?

—¿No?

—¿Dónde están tus juguetes bélicos?

—¿Qué?

—Me has oído perfectamente, Antoine, pero no me importa repetirte la pregunta.

¿Dónde están tus juguetes bélicos?

—¿Mis juguetes bélicos?

—Sí. El tanque, el vehículo espacial, el soldado americano, el soldado alemán...

—Están arriba, en el cuarto de los juguetes —respondió nerviosamente Antoine.

Mucho más nerviosa aún se hallaba Claire Charnay, pues intuía que Jacques Rodin sospechaba la verdad de lo sucedido.

El futuro médico la miró un instante y captó rápidamente su nerviosismo. También se dio cuenta de que los ojos de ella se posaban debajo del sofá.

—¿Busca algo, Claire?

—¿Qué? —respingó la pelirroja.

—Le pregunto que si busca algo.

—No, nada.

—Antoine dice que sus juguetes bélicos están arriba, en el cuarto de juegos.

—Sí, lo he oído.

—¿Es cierto, Claire?

—Sí, claro. ¿Dónde iban a estar, si no?

—Tal vez los bajó aquí, a la sala de estar.

—¿Para qué?

—Para jugar, naturalmente. ¿Qué otra cosa se puede hacer con los juguetes?

—Antoine siempre juega arriba, en el cuarto.

—¿Seguro?

—¿Por qué le iba yo a engañar?

—Es lo que estoy tratando de averiguar.

—No entiendo nada, Jacques.

—A ver si me entiende ahora —rezongó el estudiante de Medicina, y tumbó el sofá de golpe, dejando al descubierto los juguetes bélicos del pequeño Antoine.

CAPITULO XIV

Antoine Delubac comprendió que Jacques Rodin adivinaba lo que realmente había pasado en aquella casa, y decidió acabar con él y con Nicole Monnier del mismo modo que acabara con Josephine Poiret y Gerard Lenoumg, lanzando sus juguetes bélicos contra ellos.

Jacques intuyó el peligro en cuanto vio moverse al tanque, al vehículo espacial, al soldado americano y al soldado alemán y dejó caer de golpe el sofá, cubriéndolos de nuevo.

—¡Ponte a cubierto, Nicole! —rugió, empujando a la muchacha.

Ella se protegió detrás de un sillón.

Jacques buscó algo con lo que atacar a los juguetes mecánicos.

Sus ojos se posaron sobre el dorado atizador que permanecía junto a la chimenea. Un instante después, lo tenía en las manos.

El primer juguete bélico que salió de debajo del sofá, fue el tanque, cuyo largo cañón buscó el cuerpo de Jacques Rodin.

—¡Cuidado...! —chilló Claire Charnay, horrorizada.

Jacques dio un salto realmente felino y esquivó la pequeña bomba que le disparó el tanque, que fue a estallar en la pared, causando un serio desperfecto.

El cañón del juguete asesino se movió rápidamente, pero Jacques no le dio tiempo a disparar de nuevo. Le descargó el atizador con todas sus fuerzas, repitiendo el golpe un par de veces más.

El tanque, totalmente destrozado, quedó fuera de combate.

Pero el soldado americano ya había asomado, con su pequeña metralleta, y soltó una ráfaga, buscando la cara de su enemigo, por ser el punto más vulnerable para sus diminutas balas.

Jackes saltó de lado y burló la lluvia de pequeños proyectiles.

Él soldado americano quiso rectificar, pero Jacques lo partió en dos con el atizador, y lo dejó también inutilizado para la lucha.

—¡Atención, Jacques! —gritó Nicole Monnier, viendo salir al soldado alemán de debajo del sofá.

El juguete empezó a soltar fuego por la boca de su lanzallamas, dirigiéndolo a las piernas de Jacques.

El joven saltó de nuevo con envidiable agilidad y las llamas no le alcanzaron.

Quien sí resultó alcanzado, por un tremendo golpe de atizador, fue el soldado alemán, quedando pulverizado.

—¡Maldición! —rugió el pequeño Antoine, al ver tan considerablemente mermado su potencial bélico.

Sólo quedaba el vehículo espacial.

Ya estaba saliendo de debajo del sofá.

Antoine confió en él.

Si el vehículo espacial también le fallaba...

Y le falló, porque Jacques Rodin supo esquivar el par de chorros de fuego que le lanzó, y que fueron a estrellarse contra el respaldo del sillón tras el cual se protegía Nicole Monnier.

El sillón comenzó a arder.

Jacques descargó el atizador sobre el peligroso juguete y lo machacó literalmente con una rápida serie de golpes.

Antoine maldijo de nuevo y trató de huir, pero en aquel preciso momento apareció el inspector Dutrónc, acompañado de varios de sus hombres.

El detective que recibiera la llamada telefónica de Claire Charnay, algunos minutos antes, reconoció la voz de la pelirroja, y al ver que ella cortaba bruscamente la comunicación, corrió a avisar al inspector Dutrónc, y éste decidió acudir inmediatamente a la casa de Claire Charnay para averiguar lo que sucedía.

El pequeño Antoine, al verse atrapado, lanzó un rugido impropio de un niño.

Impropio, incluso, de un adulto.

De un ser humano.

Fue talmente el rugido de una bestia.

De una fiera acorralada.

De un animal herido de muerte.

Y herido de muerte estaba Antoine Delubac, aunque él todavía no lo sabía.

El niño lanzó otro espeluznante rugido y cayó al suelo, donde empezó a retorcerse grotescamente, el rostro amoratado, los ojos desmesuradamente abiertos, las manos crispadas como garras...

De su boca, abierta de par en par, empezó a salir una espuma amarillenta que despedía un hedor nauseabundo.

Jacques Rodin hizo ademán de acercarse al muchacho, pero Claire Charnay lo agarró del brazo y lo retuvo, gritando:

—¡No, que nadie se acerque a él! ¡Es el demonio! ¡Antoine está poseído por el demonio!

La revelación de Claire Charnay hizo que a Jacques Rodin se le erizara toda la piel del cuerpo.

Lo mismo le sucedió a Nicole Monnier.

Y al inspector Dutrónc.

Y a los hombres que le acompañaban.

Todos siguieron con los ojos clavados en el pequeño cuerpo de Antoine Delubac, que continuaba agitándose espasmódicamente en el suelo, gritando, rugiendo, soltando más y más espuma amarillenta y pestilente por la boca.

De pronto, Antoine sufrió una contracción mucho más violenta que las anteriores, que lo hizo brincar literalmente del suelo y rugir de una manera distinta, desgarradora, agónica, desencajándose aún más sus facciones.

Después quedó absolutamente inmóvil.

Rígido.

Agarrotado.

Los ojos dilatados al máximo, con una expresión horrible, espantosa de verdad.

Fue el fin de aquella horrorosa pesadilla hecha realidad.

El pequeño Antoine estaba muerto.

El espíritu maligno que se adueñara de su cuerpo y de su mente, había acabado con su vida, antes de abandonar su cuerpo.

Antoine Delubac podría reposar en paz.

Nada ni nadie turbaría su descanso eterno.

EPILOGO

Claire Charnay, entre sollozos, informó de todo al inspector Dutronc, en presencia de Jacques Rodin y Nicole Monnier.

Dutronc, impresionado, observó los juguetes bélicos del pequeño Antoine, destrozados por el estudiante de Medicina.

—Tengo que darle las gracias, Jacques. De no haber sido por usted...

El joven no hizo ningún comentario.

Pensaba en lo cerca que había estado él y Nicole de sufrir la misma suerte que sufrieran Josephine Poiret y Gerard Lenoux, y sólo de imaginarlo se le erizaba el vello.

También Nicole se hallaba muy impresionada.

Más tarde, ya en el apartamento del futuro médico, hallándose sentados en el sofá, la muchacha murmuró:

—Jacques...

—¿Qué?

—No vas a estudiar esta noche, ¿verdad?

—No podría, después de lo sucedido.

—¿Quieres que me quede contigo?

—¿Toda la noche?

—Sí.

—Me gustaría.

—A mí también.

Se dieron un beso y se abrazaron mutuamente

Después, Jacques confesó:

—¿Sabes que me estoy enamorando de ti, Nicole?

—Y yo de ti, Jacques —confesó a su vez la muchacha.

—¿Acabará esto en boda?

—A mi me encantaría, porque ya sabes que no quisiera convertirme en una solterona.

—Me dice el corazón que no te convertirás en eso, sino en la

madre de mis hijos.

—Ojalá tu corazón no se equivoque, Jacques —sonrió Nicole, visiblemente emocionada.

Volvieron a besarse y a estrecharse mutuamente, con más pasión que antes.

F I N